

UN LADRON EN LA ALCOBA



KAY FRANCIS
MIRIAM HOPKINS
H. MARSHALL
C. RUGGLES

EDICIONES
BISTAGNE

UN LADRÓN EN LA ALCOBA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18841 - BARCELONA

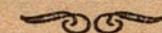
PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Un ladrón en la alcoba

Deliciosa producción, de extraordinario interés y de éxito insuperable

Dirección del mago de la pantalla
ERNEST LUBITSCH

Es un film de la famosa marca PARAMOUNT



Distribuido por
PARAMOUNT FILMS, S. A.
Paseo de Gracia, 91
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

P r ó l o g o

R e p a r t o

Lily	<i>Miriam Hopkins</i>
Mariette	<i>Kay Francis</i>
Gastón	<i>Herbert Marshall</i>
El comandante	<i>Charlie Ruggless</i>
Filiba	<i>Edward Everett Norton</i>
Girou	<i>C. Aubrey Smith</i>
Jacques	<i>Robert Creig</i>

Nos hallamos en Venecia.

¡En Venecia!

El lector no puede hacerse cargo del grave aprieto en que a sí mismo se coloca el que escribe al situar la acción en Venecia.

Porque para dar el ambiente necesario es absolutamente imprescindible hacer una brillante descripción de las cosas más emotivas, más románticas y más pintorescas de dicha ciudad. ¿Y qué podemos decir nosotros que no hayan dicho ya sobre Venecia todos aquellos literatos y literatoides, poetas y poétastros que en las anteriores generaciones estamparon en el papel sus impresiones acerca de todo cuanto sus ojos — y más que sus ojos sus fantasías — vieron en la ciudad de los Dux y hallaron digno de ser lodado por sus plumas?

Aun suponiendo muy paciente al lector no podemos llegar a creer que lo sea tanto que soporte una vez más la descripción de los canales, románticamente plateados por la luna — que por lo visto tiene una subvención del Ayuntamiento veneciano para que luzca sobre la ciudad durante los trescientos sesenta y cinco días del año, o los trescientos sesenta y seis, si es bisielto, puesto que no hay relato o camelo a la veneciana en que no se hable de su luna. ¡Por algo tienen tanta fama las lunas de Venecia! — o bien que le hagamos una serie de consideraciones sensibleras sobre la sociabilidad y la ternura de las palomitas de la plaza de San Marcos; o, en fin, que le pintemos de mano maestra un crepúsculo en el Lido.

Todo esto y muchísimos tópicos descriptivos más podrían servirnos para hacer una brillante página literaria que le diera categoría a nuestra narración, pero, francamente, abusar de ese modo, con tanta alevosía, de quien sólo nos merece gratitud por el hecho de leerlos, sería criminal, verdaderamente criminal.

Por eso únicamente diremos aquí que Venecia, aparte de su belleza y de su pintoresquismo innegables — y por desgracia tan resobados — es una ciudad como cualquier otra y con las mismas necesidades que las demás, sólo que, por ejemplo, muchas de sus calles, en lugar de tener el pavimento de asfalto o adoquinado, lo tienen de agua; que hay en ella muchos mosquitos y mucho reuma, y que la recogida de basuras se efectúa en esas calles acuáticas por medio de góndolas en lugar de hacerlo en volquetes, como se hace en el resto del mundo.

Y es precisamente en esas románticas horas nocturnas cuando salen los basureros con sus barcas a recoger todos los desperdicios e inmundicias de las casas.

A lo mejor la luz de la luna re-

corta la gallarda silueta de una góndola.

Y se escucha el canto melancólico del gondolero que la conduce.

A uno, naturalmente, no le queda más remedio entonces que ponérse en situación, y piensa románticamente que la tal góndola sirve de nido en tales momentos a una dulce pareja de enamorados que se susurran al oído bellas y poéticas frases saturadas de ardiente pasión; pasión que contagia de romanticismo al gondolero y es la causante de que éste gima tan lastimeramente las cuitas amorosas de su romanza.

Y cuando la góndola se aproxima y esperamos embriagarnos con el perfume de la dama que sin ningún género de duda va en ella escuchando embelesada y suspirante las rendidas palabras de su galán, una pestilente tufarada se mete por nuestras narices y nos obliga a taparnos éstas rápidamente. ¡La góndola no es más que el "carro" de la basura, y el fementido gondolero es el basurero, que, como es veneciano, resulta lógico que cante romanazas venecianas, del mismo modo que un basurero español canturrea fandanguillos!

Un ladrón en la alcoba

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

Justamente a esa hora evocadora y poética de los basureros, ocurrió el robo que puso en conmoción a todo el "Grand Hotel" veneciano.

El robado era un caballero francés llamado monsieur Filiba, el cual había sido sorprendido en su buena fe por el ladrón, quien se presentó en sus habitaciones muy cortésmente para darle después un golpe en la cabeza que le dejó sin

conocimiento y le sirvió para cometer el robo, que ascendía a veinte mil liras que el señor Filiba llevaba en su cartera.

El efecto del golpe recibido por el caballero robado fué de tal intensidad que lo tuvo sin sentido más de una hora.

El ladrón hizo bien las cosas. Monsieur Filiba cayó sin exhalar un grito. Tanto es así, que un caballero que se hallaba en el balcón

de su habitación, balcón que daba al canal, contemplando éste justamente en los momentos en que debió ocurrir el hecho, no se enteró de nada.

Bien es verdad que el tal caballero, barón de no recordamos qué título, hallábase totalmente abstraído en hondas meditaciones de índole sentimental.

La noche anterior había conocido a una linda condesa, y de tal modo habían simpatizado, y de tal manera había sabido él subyugarla, que la dama, venciendo sus pudores a fuerza de ruegos y de súplicas apasionadas, había acabado por acceder a la invitación que él le hizo de cenar juntos en sus habitaciones del Grand Hotel a la noche siguiente.

La condesa era una mujer bella, delicada, espiritual y elegante que había fascinado con sus hechizos al barón. Y era natural, por lo tanto, que pensando en ella, éste no se hubiese enterado del robo cometido en la habitación contigua a la suya, aun cuando la víctima hubiese exhalado los más estridentes y desgarradores gritos.

Milagroso fué que oyera la lla-

mada discreta del camarero en su puerta.

Venía éste llamado por el propio barón para confeccionar el menú de la cena con que el caballero pensaba obsequiar a su dama.

Como el poeta que busca la inspiración en la contemplación del paisaje que le rodea, así iba el barón consultando a las estrellas o a las negras aguas del canal, en las que se reflejaban fantasmagóricamente las luces de los edificios y de las embarcaciones, para hallar los platos escogidos y deliciosos que habían de integrar aquella cena de amor y de ilusión.

Ya llevaba escogidos varios manjares exquisitos, cuando el camarero, solícito, le hizo esta pregunta:

—¿Con qué le parece al señor barón que comencemos?

El caballero quedó perplejo.

—Los comienzos son siempre difíciles — dijo, filosófico.

—Efectivamente! — asintió el camarero, adulador.

El barón, que hallábase acodado en el barandal del balcón, se volvió hacia el camarero y le dijo, muy serio:

—Vamos a suponer que la cena estuviese dispuesta para Romeo y

UN LADRON EN LA ALCOBA

Julieta, pero que por una ironía del destino Casanova encarnase de pronto en Romeo, y Julieta se convirtiera en Cleopatra. ¿Cómo comenzaría la cosa entonces?

El camarero quedó confuso. El señor barón exigía de él un alarde de erudición que no podía satisfacer. Y después de grandes vacilaciones, declaró, para salir del atolladero:

—Pues... comenzaría con "cocktails".

—¡Muy bien! ¡Excelente idea! — repuso el barón, sonriendo satisfecho.

Y después, contemplando con arroabamiento la luna, musitó:

—Debe ser una cena maravillosa, aunque después ni la probemos siquiera.

—De acuerdo, señor barón — convino el camarero.

—¿Usted ve la luna? — le preguntó al "garçon" el caballero, sin dejar de mirar el plateado astro.

—Sí, señor barón.

—Bien; pues quiero verla en el champán.

El camarero puso cara de asombro, pero apuntó en la lista, como un nuevo manjar:

“Luna en el champán.”

—Además, quiero ver muchas flores sobre la mesa — prosiguió el barón.

—Sí, señor barón — contestó el camarero, tomando nota.

—Y a usted...

El camarero sonrió al oírse nombrar por el barón, creyendo que éste se preocupaba de la propina por anticipado.

—Y a usted... ¡A usted quiero verle lo menos posible! — concluyó el barón.

—Sí... sí, señor barón — afirmó el camarero, azoradísimo, retirándose de la estancia.

Continuó el distinguido sujeto acodado en la balaustrada del balcón durante largo rato.

De pronto vió avanzar una góndola en dirección al hotel. Y aun cuando los donjuanes no deben tener corazón, él sintió palpitar el suyo al reconocer a la condesa en aquella mujer que iba en la embarcación, indolentemente recostada en el asiento y cuyo cuerpo, sinuosamente ceñido por un vestido de tisú, fosforecía como el cuerpo de una sirena.

El barón no bajó al "hall" a recibirla para no comprometerla. Ella era casada y...

II

La condesa llegaba agitadísima, muy azorada.

Al entrar le dijo al barón, con espanto:

—¡Por poco me ve!

—¿Quién? ¿Su esposo? — le preguntó él, ayudándola a despojarse del corto abrigo de "soirée".

—No; el marqués de la Tour — aclaró ella. Y como para tranquilizarse a sí misma agregó: No creo que me haya visto; pero lo malo es que me tropecé con el rey Boris de Alconia.

—¿El célebre jugador de tenis?

—¡Justo! ¡El mismo! Me saludó, le saludé yo...

Se dejó caer en una "chaise-longue", como anonadada.

—Yo creo que he hecho mal en venir! — lamentóse.

El barón sentóse a su lado y le cogió ambas manos.

—¡Olvídello todo, condesa, menos que está aquí! — le suplicó él.

Ella agitó desoladamente su cabellera rubia.

—A la luz de la luna todo parecía tan sencillo! — exclamó.

—Pero ahora!...

—Vamos, por favor, condesa! Ahora ya no corre usted peligro.

—Más que nunca, amigo mío! Pueden contárselo a mi esposo...

—Usted conoce al rey Boris?

—Mucho!

—Y al marqués?

—No recuerdo.

—Oh! ¡Mejor es que no lo conozca! — replicó la linda condesa.

Y hablando de carrerilla, como un disco de fonógrafo, le explicó:

UN LADRON EN LA ALCOBA

Porque como el marqués, el rey y la marquesa forman un trío demasiado amigable, demasiado íntimo, la marquesa se enterará de todo en seguida, y como que es tan amiga del escándalo y como que al mismo tiempo la princesa me aborrece porque yo soy más bonita que ella y porque no sabe vestir con la misma elegancia que yo, entre unos y otros se darán buena maña para que mañana lo sepa todo Venecia. Claro que...

El barón la escuchaba sin pestañear, oyéndola sin saber ni importarle lo que decía, atento sólo a contemplar su radiante belleza y disfrutando de sentirse envuelto en el efluvio misterioso de su voz, suave, halagadora. Y cuando ella calló, le rogó que continuase hablando.

—Me gusta oírla quejarse de los demás — le dijo, irónico.

Ella se echó a reír, con una risa franca, adorable.

El barón sonrió también, de un modo enigmático.

Quizá era porque consideraba ganada ya la partida.

—Si yo le dijera que al verle le tomé a usted por un americano!

— le confesó la condesa —. Uno de

esos hombres buenos e ingenuos que vemos en las películas.

—¡Muchas gracias!

—¡Oh, no se enfade usted! Es que, a veces, una llega a cansarse de los hombres de su clase: condes, duques, reyes, cargados de prosapia y de pergaminos, hablando siempre de lo mismo y... ¡acabando por quererle vender a una las joyas que aseguran fueron de sus gloriosos antepasados, cuando en realidad las acaban de comprar en la bisutería! Por eso usted me atrajo, porque creí ver en usted algo distinto de los demás; porque me pareció que era un hombre de otro mundo diferente al mío. ¡Pero ha venido a resultar que usted no es ni más ni menos que como yo!

—¿Y eso... la ha decepcionado?

— le preguntó él, aproximando insinuante su rostro al de la condesa.

—¡Oh, no! Nada de eso. Al fin y al cabo me place que ello sea así — respondió ella, esquivando su cara con graciosa coquetería.

El timbre del teléfono sonó con insistente repiqueteo.

El barón cogió el aparato.

—¿La condesa? — se le oyó decir.

Ella mostró extrañeza de sentirse llamada en aquel lugar.

—¿Quién es? — preguntó.

—La duquesa de Chambro, que desea hablarla — respondió el barón.

La condesa tomó el aparato de manos del barón.

Este retiróse discretamente unos pasos, y desde su asiento pudo oír todo cuanto su bella amiga decía:

—¡“Aló”, duquesa!

....

—¿Qué tal, duquesa?

....

—Sí, amiga mía.

....

—¡Oh! ¿Cómo lo ha sabido usted?

....

—¿Cómo?... ¿El marqués?... ¡Ah, él tenía que ser! Pero confío en su discreción, querida amiga. Vea usted que va en ello mi reputación.

....

—Gracias, muchas gracias. No esperaba menos de su amistad... ¿Cómo dice usted?... ¿Que da una cena mañana en su palacio?...

....

—¡Por supuesto, duquesa!...

¡Encantada, duquesa!... ¡No falta más, duquesa!...

El barón esperaba con santa resignación a que las dos ilustres damas terminasen su diálogo.

Por lo que se podía colegir, la duquesa de Chambro le informaba a su amiga que estaba al tanto de su cita con el barón.

Pero si éste hubiera visto a la presunta duquesa y hubiese oído lo que ésta decía, habría quedado absorta. Quien había al otro extremo del hilo telefónico no era una duquesa precisamente, ni mucho menos, sino una mujer vestida más que con modestia, casi con pobreza. Su palacio era un mísero zaquizaquí, y lo que decía a la condesa era esto:

—Escucha, Lily. Cuando vengas haz el favor de entrar por la puerta trasera y procura no hacer mucho ruido.

A lo cual la “condesa” debió responder sin duda con un ambiguo “Como usted guste, duquesa” o algo parecido.

—¿Sabes lo que ha hecho tu perro? — preguntó la “duquesa”.

Y ante la declaración de la traviesura del perrito, la “condesa”, o

Lily, como la “duquesa” la llamaba familiarmente, exclamó riendo:

—¡Oh! ¿Conque eso ha hecho? ¡Qué gracioso!

....

—Bien, duquesa. Mi enhorabuena al duque. ¡Adiós!

Colgó el aparato, y nerviosísima, se acercó al barón, diciendo:

—¿No lo dije? ¡Ya comenzó el escándalo!

—Siento mucho, condesa, ser yo el causante de esta situación tan comprometida para usted — manifestó el barón—. Si usted cree que debe marcharse...

Ella le miró, irónica.

—¡Es usted muy amable! — le dijo—. ¡Sí! ¡Muy amable!

Su actitud no admitía para el ba-

rón lugar a dudas. ¡La “condesa” lo que quería era quedarse! Y él no iba a insistir en que se fuera.

Llegó el mozo, con el servicio de “cocktails”. Lo dejó sobre la mesa y se marchó.

—¿Tomamos un “cocktail”? — propuso el barón, alegremente, a la condesa.

Pero él lo que deseaba, lo que ansiaba con locura, no era un “cocktail”, sino aquellos labios sonrientes, jugosos y prometedores, que parecían brindársele en un ofrecimiento tácito. Y sus brazos rodearon apasionadamente el tallo de su deliciosa amiga, la cual respondió enroscando los suyos, como dos blancas y dulces serpientes, al cuerpo del barón, en tanto que sus bocas se confundían en un beso abrazador, enervante e interminable.

III

La noticia del robo de las veinte mil liras cundió como reguero de pólvora en cuanto monsieur François Filiba despertó de su obligado sueño y pidió socorro por teléfono.

Los camareros corrían de un lado para otro, sin saber qué hacer; al gerente le ocurría otro tanto, y las telefonistas se equivocaban a cada momento de comunicación de tantas como les pedían a la vez: con la Jefatura de Policía, con el Parque de bomberos, con el alcalde de la ciudad y hasta con el jefe de la guarnición. ¡Todo por las veinte mil liras de monsieur Filiba!

Cuando el comisario de policía llegó al hotel, lo primero que recomendó al gerente del establecimiento y a sus empleados, fué que tuvieran una gran discreción y no co-

municaran a nadie el robo, para no espantar al ladrón. La recomendación era ya completamente inútil, pues no había ni un inocente ratón en el hotel que no estuviera ya enterado de la cabeza hasta el rabo de lo ocurrido a monsieur François Filiba.

Este, en el "hall" del hotel, hallábase más acoquinado que un perrillo faldero ante media docena de reporteros y del comisario de policía, que, por mediación del gerente de la casa, que hacía las veces de intérprete, le tomaba declaración.

—Monsieur Filiba. El señor comisario pregunta cuánto dinero llevaba usted encima — le decía el gerente, muy amable.

—Veinte mil liras, justas. Las lle-

UN LADRÓN EN LA ALCOBA

vaba en la cartera — respondió Filiba.

El gerente se volvió al comisario y a los periodistas y les tradujo lo que acababa de decir la víctima de aquel robo.

—El señor Filiba dice que llevaba exactamente veinte mil liras en la cartera.

Un "¡Oh!" de asombro salió de los labios del comisario y de los periodistas, que tomaron apresuradamente notas en sus carnets.

—Pregúntele usted por qué dejó entrar al ladrón — le dijo el comisario al gerente.

—Monsieur Filiba. ¿Por qué dejó usted entrar al ladrón?

El caballero se azoró visiblemente.

—Pues... verá usted — balbuceó—. El llamó a la puerta. Yo esperaba a dos... a dos...

Monsieur Filiba se atragantaba, sin acertar a explicar a quién esperaba.

Enrojeció, creyéndose descubierto en sus andanzas de pillín conquistador. Por fin dió con la excusa, después de meterse dos dedos entre la nuez y el cuello de pajarieta, que parecía ir a ahogarle:

—Yo esperaba a dos... a dos

asociados comerciales, ¿comprende usted? Por eso abrí la puerta sin ningún recelo.

La traducción del gerente al comisario se efectuó sin novedad, rápidamente. Y vino otra pregunta:

—¿Qué pasó luego?

—Yo dije: "Pase". Y entró un hombre joven, de bigote y patillas, que dijo: "Soy el médico". "¿El médico?", le pregunté yo, extrañado. "Sí, señor. Vengo a verle las amígdalas".

Murmurillos de los periodistas.

—El señor comisario de policía desea saber qué tiene usted de particular en las amígdalas — inquirió el gerente por cuenta del comisario.

—Nada, señor — respondió Filiba—. Mis amígdalas están en perfecto estado desde que pasé la infancia, siendo niño. Por eso yo traté de disuadirle, y así estuvimos discutiendo unos diez minutos.

—¿Y de qué hablaron?

—De qué íbamos a hablar? ¡De amígdalas! Hasta que por fin se las enseñé.

—¿Se las enseñó?

—Sí, señor; se las enseñé.

El comisario exigió que especificase cómo ocurrió la cosa.

—El me dijo: "Diga ¡Ah!" —

explicaba Filiba. Y concluyó: Es todo lo que recuerdo. Cuando volví en mí seguía con mis amígdalas, pero sin mi cartera.

Por todos los rincones del hotel se había ido colando la noticia del audaz robo, y, naturalmente, no tardó en llegar, por boca del camarero, a la habitación en que cenaban juntos la condesa Lily y el barón.

—Dicen que es mucho dinero — les informaba el mozo, mientras les iba sirviendo. — El caballero a quien han robado ocupa las habitaciones preferentes números 253, 55, 57 y 59. Su nombre es Filiba.

—Nadie está seguro en estos tiempos que corren! — comentó, entre irónico y filosófico, el barón.

El camarero, con mucho misterio, les dijo que no quería el comisario que se supiese nada del robo, y les rogó que no lo dijeran.

—Descuide usted, que nada diremos — aseguró el barón, mientras el camarero se retiraba.

A solas el barón y la condesa, aquél hizo un nuevo comentario, lleno de ironía.

—Así es la vida de hotel! — dijo. — En un cuarto se pierde la cartera, y en otro la cabeza.

La condesa, sincera, declaró, mimosa e insinuante:

—He venido aquí en pos solamente de una efímera aventura. Pero algo que no es el champán me ha cambiado por completo. ¡Todo me parece diferente!

Los dos comieron en silencio.

De pronto ella exclamó:

—Tengo que confesarle algo, amigo mío.

—Usted dirá, condesa.

—Se trata, sencillamente, de la opinión que usted me merece.

—Sepamos cuál es.

—Pues... que usted es un granuja — le dijo la condesa Lily, riendo.

—¿Yo?

—Sí, señor. Usted fué quien robó al caballero del 253, 55, 57 y 59.

Y como si no hubiera dicho nada de particular, le pidió al barón:

—¿La sal?

El tampoco se había inmutado por sus palabras. Le entregó la sal, y le pidió:

—¿La pimienta?

Ella se la dió.

Sin levantar la vista del plato, el barón dijo:

—Condesa... Antes de salir de

aquí, yo también quiero darle mi opinión sobre usted.

—¿Sobre mí?

—Sí, condesa. ¡Es usted una ladrona! — le dijo él, sonriendo intencionadamente.

—¿Yo? — exclamó ella, con finida indignación.

—Sí. Usted tiene la cartera del caballero del 253, 55, 57 y 59.

—¡Pero!...

—Es inútil negar. Noté cuando me la quitó usted del bolsillo, al abrazarla. Usted me hizo cosquillas al sacarla, pero... ¡su abrazo fué tan dulce!

—¡Caballero! ¿Qué es lo que dice usted? ¿Que yo le he quitado la cartera?...

El barón se puso de pie y obligó a la "condesa" a hacer otro tanto.

Y como que con las manos no podía llegar adonde la condesa tenía oculta la cartera sin faltarle al pudor, cogió a la damita por los hombros y comenzó a zarandearla, hasta que de debajo de la falda cayó al suelo la cartera, que él recogió y se guardó en el bolsillo interior del smoking.

La "condesa", sin intimidarse, sacó una pitillera de oro y le ofre-

ció un cigarrillo al barón, el cual abrió desmesuradamente los ojos al reconocer en aquélla su pitillera.

Se palpó los bolsillos por si diera la casualidad de que fuese otra igual que la suya, pero no había duda: su pitillera no se hallaba en ninguno de sus bolsillos.

—Me gusta, barón — dijo ella, burlona, contemplando el dorado estuche.

—Pues a mí me gusta más este alfiler. ¡Hay una piedra magnífica en él! — declaró el barón contemplando un pasador de brillantes que lucía en el centro una hermosa esmeralda.

La condesa se miró alarmada el borde del escote, y, en efecto: le faltaba su broche de brillantes.

—Es usted muy hábil — le dijo, echándose a reír; — pero a pesar de eso, quizá tenga que dejarlo ya, si es tarde, con todas sus habilidades. ¿Me hace usted el favor de decirme qué hora es?

Resultó inútil la búsqueda del reloj en los bolsillos del chaleco.

La condesa lo sacó de su pecho, y se lo entregó, diciéndole:

—Iba cinco minutos atrasado. Pero yo se lo he puesto en hora.

El barón lo recogió, tibio aún del

calor que le había prestado el seno de la joven condesa.

—Gracias — dijo con burlona sonrisa, y preguntó—: Ya que es usted tan amable conmigo, ¿me permitirá usted que me guarde esta liga como recuerdo de estos venturosos instantes que estamos pasando juntos?

El estupor de la "condeza" fué tan grande como la admiración que sintió por aquel hombre al ver que su habilidad y destreza habían llegado hasta el punto de quitarle una liga que se ajustaba a su muslo como su propia piel sin que ella sintiera ni el más leve contacto de las puntas de los dedos de él con su pierna.

Y Lily, la linda y diestra ladrona que se hacía pasar por condesa, no se pudo contener en su entusiasmo hacia aquel encantador sujeto que le daba ciento y raya en el arte de manejar habilidosamente los dedos para desplumar al prójimo, se abrazó a él, y convencida que su personalidad de aristócrata era falsa, le suplicó:

—¡Por favor, dime quién eres! ¡Háblame de ti!

Y él, ciñéndola con sus brazos,

apretándola contra su pecho, le preguntó:

—¿Se acuerda usted, condesa, del que "entró" en el Banco de Constantinopla?

Y como ella quedase perpleja, tratando de recordar, él le aclaró:

—Gastón Monescu.

Este nombre la llenó de asombro. Gastón Monescu era el más célebre ladrón que se conocía. Sus atrevidos golpes de mano habían hecho famosos en el mundo entero. Era el verdadero rey de los ladrones; el sujeto que gozaba de la más alta categoría entre los de su oficio.

Y, naturalmente, para una ladrona como Lily, un nombre aureolado por tal fama tenía que ganarse por fuerza toda su simpatía y su admiración.

—¡Gastón Monescu! — repitió.

Un hondo suspiro se escapó de su pecho. Y sus párpados se entornaron como vencidos por una gran voluptuosidad. ¡Para Lily no había otra felicidad mayor que aquella! ¡Sentirse en los brazos de Gastón Monescu, del maestro de ladrones, que la apretaba contra su pecho ansiosamente! ¡Saberse deseada, querida tal vez por él!...

UN LADRON EN LA ALCOBA

¡Ah, si hubiese sido verdaderamente un aristócrata como le había hecho creer!... Entonces Lily no hubiera sentido la emocionada sensación que ahora sentía por él, sino que únicamente habría visto en Gastón una víctima de sus actividades de ladrona. ¡Bien se la había dado el muy granuja!

Mas también Lily había engañado a Gastón.

Este, cuando la conoció la noche anterior en una fiesta, la creyó una condesa auténtica. Y momentáneamente sólo pensó en fingirse enamorado de ella para saquearla después. Mas cuando se separaron aquella misma noche, Gastón dióse cuenta de que aquella mujer había logrado interesarle más de lo que él mismo deseara. Y aquella cena en la intimidad había acabado por

convencerle rotundamente de que se hallaba prendido en la red de los hechizos de la falsa condesa.

Los fingimientos estaban ya de más entre ambos. Y Gastón, con toda sinceridad, le confesó a Lily la pasión que en su pecho había despertado desde que la vió por primera vez.

—¡Mi ratera! — le decía, apasionadamente—. ¡Mi dulce ladrona!

Lily se dejaba acariciar alegremente, y alegremente respondía a sus caricias.

Gastón la cogió en sus brazos. Ella reía a carcajadas. Y riendo y jugando como dos chiquillos, la dejó caer en la "chaise-longue", donde un beso, largo y voluptuoso, selló el comienzo de su amorosa unión.

V

La emisora de radio de la Tour Eiffel, daba su diario programa.

Un "speaker", ante el micrófono, decía:

—Prepárense ustedes a escuchar una noticia sensacional, señores radioyentes. Comunican de Ginebra que Gastón Monescu, el famoso ladrón internacional, ha robado la Conferencia de la Paz. Se ha llevado todo menos la paz, porque por más que la ha buscado no ha podido hallarla por ninguna parte, lo que hace sospechar fundamentalmente que ésta ni siquiera existía. La policía consiguió detener al ladrón y recuperar lo robado, pero Gastón Monescu logró escapar misteriosamente poco después.

Hizo una pausa, y terminó diciendo:

—Habla el reporter policiaco parisense. Buenas noches.

Un segundo locutor ocupó el puesto del primero.

—Señores radioescuchas — dijo—: Este programa les ha sido transmitido por Colet y Compañía, los más grandes perfumistas del mundo. ¡Colet y Compañía! Recuerden ustedes que... “Lo importante no es “cómo se viste”, sino “cómo se huele”, lema de la casa Colet y Compañía. ¡¡CO-LET Y COM-PA-ÑIA!! ¡Los mejores perfumes del mundo!

No sabemos hasta qué punto se-
ría cierta la afirmación del "spea-
ker". Pero lo que sí resultaba de
todo punto innegable era que la ca-
sa Colet y Compañía gozaba de un

U N L A P R O N E N L A A L C O B A

sólido prestigio comercial y que sus fábricas rendían una producción anual verdaderamente considerable.

El creador de tan importante industria había sido monsieur Jean Colet, pero quien verdaderamente le había dado impulso y la había hecho adquirir el auge que a la sazón disfrutaba fué su hijo, hombre emprendedor, de una clara percepción para los negocios, prematuramente desaparecido, cuando todavía se podía esperar muchísimo de su talento y actividad probados.

A su muerte, su joven viuda asumió la dirección general del negocio, aunque ello fuera sólo nominalmente, ya que de hecho quien allí lo mangoneaba todo y hacía mangas y capirotes a su gusto era monsieur Girou, gerente de la casa ya en tiempos del difunto fundador.

Madame Colet renunciaba en él todas sus obligaciones, porque ella, una mujer joven, moderna, en todo el apogeo de su existencia, no entendía ni quería entender de negocios.

Y monsieur Girou se "sacrificaba" aceptando la pesada carga que suponía el que madame Colet le

confriese plenos poderes para la dirección del negocio y, como ya se ha dicho, obraba a su antojo — y propio provecho; todo ha de decirse —, y sólo recurría a ella en consulta en los casos de grave resolución en que su opinión era imprescindible.

Uno de ellos fué el tan rebatido de la reducción de jornales que monsieur Girou decía ser absolutamente necesaria si se quería salvar la comprometida situación de la casa.

Todo el mundo sabe que cuando un consejero de cualquier entidad comercial suelta esta frase: "salvar la comprometida situación del negocio", esto significa que no ha cobrado los dividendos que él había calculado debería cobrar, aun cuando éstos hayan sido superiores a los de la liquidación anterior y el tal negocio marche más viento en popa que nunca. Y tampoco ignora nadie que la panacea que inmediatamente se les ocurre aplicar al caso para salvar dicha situación de sus repletos bolsillos, es la reducción de jornales a los obreros, con lo que el equilibrio se restablece y las fortunas de los señores consejeros no dejan de aumentar en las

proporciones que ellos tenían previstas.

La gentil viuda de Colet acudió a la reunión del Consejo de Administración de sus fábricas, de mala gana, y le rogó al señor Girou que fueran todos lo más breves posible en la exposición de sus pareceres, pues tenía prisa, tanta, que ni siquiera se sentó.

Y cuando el señor Girou, tras algunos circunloquios que le parecieron a él indispensables, e interminables a madame Colet, manifestó que era necesario rebajar los jornales, ella, alzándose de hombros, dijo:

—No veo la necesidad.

—¿Cómo que no, madame Colet? — exclamaron a coro los ilustres consejeros, levantándose de sus asientos impelidos por la fuerza del asombro que les producía la réplica de la dama.

—¿Se ha liquidado con déficit? — inquirió ella, sin inmutarse.

—¿Con déficit? ¡De ningún modo! — respondió Girou—. Pero esto no es óbice para que madame Colet vea que...

—Entonces, si no perdemos, no comprendo el interés que han tenido ustedes en molestarme haciénd-

dome venir aquí — replicó madame Colet, atajando a Girou.

Los respetables consejeros mostraron indignadísimos. ¡A aquella mujer no entendía nada del negocio! ¡La muy cándida creía que porque se ganaba en él, éste no atravesaba la "crítica situación" que a ellos les preocupaba tanto!

Pero madame Colet se mostró irreductible.

Girou, descompuesto, fuera de sí, aunque tratase de disimularlo con su actitud irreprochable, le manifestó, mordaz:

—¡Si su esposo viviese, reduciría los salarios sin rechistar!

Madame Colet hizo un mohín de disgusto.

—Mire, Girou — dijo —. Usted sabe cuánto me fastidia oír hablar de negocios. Además, estoy invitada a comer fuera, de modo que, para no alargar esta cuestión, dejaremos los salarios como están. Buenas tardes, señores.

Y la bella dama marchóse, andando con su paso majestuoso y gentil y dejando tras sí una estela de delicioso perfume que acreditaba por sí todas las creaciones de su casa.

V

De allí fué a casa de su joyero.

Deseaba comprar un bolso para lucirlo aquella noche en la Ópera.

El joyero le mostró uno que valía tres mil francos.

—¡Oh! Demasiado caro — repuso ella, dejándolo.

Su vista se fijó en un bolso maravilloso, cuya boquilla hallábase materialmente constelada de brillantes.

—¿Y éste? — preguntó.

El joyero hizo una mueca de irónica compasión. Si el de tres mil francos le había parecido caro, ¡qué le parecería aquél!

—Este, madame, vale "ciento veinticinco mil francos" — manifestó, recalando la cantidad.

Ella lo cogió, lo examinó com-

placida, y ante el estupor del joyero exclamó:

—¡Pero es tan precioso!... ¡Ea! ¡Me lo quedo!

Aquella noche llevaría el valioso monedero a su palco de la Ópera.

Contenta con la compra que había hecho, se encaminó a su casa.

Y allí encontró a sus eternos adoradores y rivales entre sí.

Uno de ellos es ya antiguo conocido nuestro: monsieur François Filiba, aquel caballero a quien Gastón Monescu le limpió el bolsillo en Venecia.

El otro era un comandante del ejército, retirado.

Con el primero con quien se tropezó fué con Filiba, el cual le repitió sus eternas quejas amorosas.

—No insista usted, amigo mío— le rogó ella, amablemente.

—¡Pero, Mariette!... — suplicó el caballero—. ¡Yo no puedo vivir sin usted! ¡Yo quiero casarme con usted!

Mariette sonrió.

—El matrimonio, querido amigo — le dijo—, es una bella equivocación que hacen dos juntos. ¡Pero con usted, François, sería nada más que una equivocación, a secas!

Filiba se marchó, despechado.

Y entonces le tocó el turno al comandante, al cual, para consolarlo, le dijo la bella madame Colet:

—No se afilia usted, comandante. Piense que no es al único a quien no amo, pues tampoco quiero a François.

Y el comandante se fué tan cabizbajo como Filiba.

Pero el sino de aquellos hombres era encontrarse siempre, porque siempre andaban como cosidos a las faldas de aquella mujer excepcional por lo bella y por lo seductora, y, naturalmente, aquella noche coincidieron en la Opera.

Sin verse, sentáronse en el mismo diván.

Y cuando se dieron cuenta el uno y el otro que ante sí tenían a su

eterno rival, se miraron furibundamente.

Monsieur Filiba era de más buena pasta que el comandante, y como que resultábale embarazoso permanecer junto a éste en silencio, le dijo tímidamente:

—Ya sé que usted me aborrece, comandante. Y si he de serle sincero, también le aborrezo yo a usted. Pero como que tenemos que estar siempre juntos, podíamos hablarnos. ¿Qué le parece a usted?

El comandante permaneció serio y callado, como si no se dirigiese a él.

—¡Vamos! ¿Qué dice usted, comandante? — insistió Filiba.

El comandante tampoco rechistó esta vez. Con desprecio miró a su rival y casi le volvió la espalda.

Pero a Filiba le apenaba aquella situación tan tirante, y volvió a la carga.

—¡Por Dios! ¡Diga algo!

Le contempló el comandante de arriba a abajo, y le soltó la primera palabra que se le vino a los labios para complacerle, burlándose de él:

—¡Amígdalas!

Filiba lo miró entonces con ver-

dadero estupor, y hasta se apartó de él con aprensión.

¡El comandante no sabía el significado que tal palabreja entrañaba para el infeliz François!

En aquel momento apareció Mariette Colet. Por ver quién de los dos besaba primero su mano, comenzaron a disputar.

—¿Pero no les da vergüenza? — les reprochó ella—. ¡Siempre peleándose!

En el palco continuó la disputa, en voz baja, pero no tanto que el público no comenzase a sisearles para que se callaran.

Hasta que tuvo que llegar el acomodador y rogarles que hicieran el favor de guardar silencio.

Filiba, llenándose de dignidad, dijo que se marchaba, y, en efecto, se fué.

Pero a poco volvió a aparecer otra vez. ¡No podía irse sin contemplar de nuevo a Mariette! Mas la mirada iracunda del comandante le recordó cuál debía ser su proceder. Y se marchó otra vez... para volver a aparecer a los cinco minutos.

Compadecida de él, madame Colet obligó al comandante a que fuese inmediatamente a dar una satisfacción a Filiba.

A regañadientes obedeció el caballero y salió del palco.

En el pasillo encontró a Filiba, que paseábase cachazudamente por delante del palco de la dama de sus sueños, y encarándose con él, le dijo:

—Oiga usted. ¡Hace media hora que está usted diciendo que se marcha... y se queda! ¡A ver cuándo se va a ir de una vez!

Y regresó tan satisfecho al palco y le dijo a Mariette:

—¡Para dar satisfacciones me pinto solo!

Madame Colet apenas le oyó.

Durante la breve ausencia del comandante había ocurrido algo que había conseguido emocionarla.

Era que había descubierto entre el público a un caballero joven, que vestía con singular elegancia el traje de etiqueta, el cual la enfocaba con sus gemelos insistentemente, y no contento con hacerlo desde su butaca, habíase trasladado al pasillo de enfrente y desde allí seguía asaeteándola con los gemelos.

Mariette, al saberse objeto de tal admiración, se azoró bastante y al mismo tiempo sintió un voluptuoso cosquilleo de felicidad.

Esta hubiera sido mayor o tal vez

hubiera sufrido una decepción, si hubiera podido ver el rostro de su anónimo admirador, pero los gemelos le ocultaban sus facciones.

Quiso sostener aquella mirada, por ese prurito de coquetería y de travesura que encierran estos inocentes "flirts" a distancia, pero se dió cuenta de que la insistencia del caballero había atraído otras muchas miradas hacia ella, y para disimular su turbación dirigió la suya al escenario.

Y cuando volvió a mirar a hurtadillas al sitio en que había descubierto a su adorador, éste había desaparecido, pero en su pecho quedaba la ilusión que las miradas de aquel ignorado galán habían sabido despertar.

Mas... ¡qué engañadora ilusión! ¡Y qué atroz desencanto el de Mariette Colet si hubiera sabido la verdad!

¡Aquellos gemelos no eran a ella a quien asediaban, sino a su valioso bolso de brillantes! ¡Y aquel galán

no era otro que Gastón Monescu, el célebre ladrón internacional que acababa de llegar de Ginebra y para el cual la citada joya significaba una buena presa!

En el entreacto salió madame Colet del palco, acompañada por el comandante, el cual se metió, distraído, tras ella en una dependencia en la que estaba vedada la entrada a los caballeros, de la cual lo echó con cajas destempladas la matrona a cuyo cuidado se hallaba dicha dependencia.

Azoradísimo vió entonces que sobre la puerta había un letrero que decía: "Señoras".

En el corto trayecto del palco a la susodicha dependencia, habíanse cruzado con varios espectadores, cosa que al parecer no tenía nada de particular. Pero cuando Mariette fué a dar una propina a la encargada del tocador, hallóse con la desagradable sorpresa de que su bolso había desaparecido.

VI

Al comandante le faltó el tiempo, a la mañana siguiente, para ir a una joyería a comprar un bolso para su adorada Mariette y poder así resarcirla de la perdida experimentada la noche anterior. Mas he aquí que cuando se hallaba en casa del joyero y se disponía a pedir que le enseñaran monederos, se presentó Filiba, a quien le guiaba análoga intención que a él.

Y el comandante, para no verse descubierto, pidió que le enseñasen unos gemelos para los puños. Y no tuvo más remedio que cargar con unos gemelos que maldita la falta que le hacían.

—Bonito día, ¿eh? — le dijo Filiba, socarrón, poniéndose a su lado en el mostrador.

El comandante dió un bufido.

—Se le nota a usted hoy muy satisfecho, muy alegre, ¿verdad? — continuó Filiba en el mismo tono burlón.

—¡Caballero! — exclamó el comandante —. No estoy dispuesto a tolerar sus insultos.

Y se marchó, muy digno, con sus gemelos, dejando el campo libre a su rival para comprar el bolso que pudiera consolar en parte a Mariette de haber perdido el otro.

Dicha pérdida tenía hondamente preocupada a madame Colet. Aquel bolsito la encantaba por su elegancia, por su hermosura y por su valor, y estaba dispuesta a dar veinte mil francos a la persona que lo hallase y se lo entregara. Y así lo anunció en los periódicos.

Precisamente el autor del robo,

Gastón Monescu, leía aquella mañana uno de dichos periódicos, pero sin sospechar ni remotamente que en él se ofreciera una tal cantidad por el monedero que se hallaba en su poder.

Lo que leía era la crítica de la ópera dada la noche anterior.

—No estoy conforme con lo que dice aquí — manifestó de pronto.

— Martini canta bien, no puede negarse, pero eso de llamarle "grande" me parece ridículo.

Lily, la seductora amante de Gastón, que éste había conocido un año atrás en Venecia y que desde entonces no habíase separado de su lado, le pidió el periódico para ver lo que decía acerca del citado Martini.

La reseña de la función le hizo evocar algo agradable, y dando un suspiro le preguntó a su amante:

—¿Recuerdas hace un año?

—¿Un año ya? ¡No! — exclamó él, creyendo imposible que su amorosa asociación con Lily datase de tanto tiempo.

—Sí — repuso ella —, hace aproximadamente un año que en Munich te llevaste un jarrón del Palacio de la Opera. ¡Y qué lám-

para tan preciosa me hiciste con él para mi mesita de noche!

Gastón, en pijama, se acercó a ella, sonriendo complacido.

—Es verdad — dijo —. Recuerdo perfectamente la lámpara, la mesita... ¡y la noche!

Ambos quedaron en silencio unos momentos, considerando lo distinta que era su situación de entonces con la presente. Habían tenido que salir huyendo de Ginebra, poco menos que sin un céntimo por culpa de aquel dichoso asunto de la Conferencia de la Paz. ¡Vaya sitio donde había ido a meterse para robar!

—Todo se arreglará, nena — dijo Gastón, saliendo de su abstracción —. La prosperidad está a la vuelta de la esquina.

Pero si a la vuelta de la esquina precisamente no, a la vuelta de la página la encontró Lily en forma de un anuncio que decía así, en la sección de "Pérdidas":

"SE OFRECEN veinte mil francos de gratificación a la persona que devuelva un bolso, propiedad de madame Colet, extraviado ayer noche en el Teatro de la Opera. Las características de dicho bolso, etcétera..."

—¡Gastón! ¡Mira! — exclamó

Lily, sorprendida, entregándole el periódico.

Y mientras Monescu leía el anuncio, Lily decía:

—La descripción concuerda perfectamente. ¡Es "nuestro" bolso!

Dejó caer Gastón el periódico, y en voz alta púsose a hacer estos pintorescos cálculos:

—Veinte mil francos. Si lo vendiese me darían... me darían... Seguramente esta señora pagó sesenta mil por él. De modo que si yo lo vendiese conseguiría unos cinco mil.

Ante tan exigua cantidad, Lily dijo, sarcástica:

—Lo honrado sería devolverlo.

—Sí. Y tomar los veinte mil — arguyó, rápido, Gastón, con gran ironía.

Después preguntó a Lily:

—Vamos a ver. ¿Qué día es hoy?

—Catorce de mayo.

—¡Estupendo! Mañana, quince, y pasado mañana...

Lily adivinó su pensamiento.

—¡Oh, Gastón! — exclamó, alborozada, colgándose de su cuello.

La fecha del 16 de mayo tenía para ellos un encanto evocador. Era el día en que ambos unieron sus destinos en Venecia, cuando Gastón robó a Filiba y Lily a Gastón y Gastón a Lily...

—¡Iremos a Venecia! — le prometió él —. Al mismo hotel.

—¡Y tomaremos las mismas habitaciones!

—Dos cincuenta y tres...

—... Cincuenta y cinco, cincuenta y siete y cincuenta y nueve.

Y riendo y besándose fueron forjando dulces proyectos para aquellos días venturosos que se avecinaban.

VII

Madame Colet estaba asombrada de la enorme cantidad de bolsos para señora que se pierden diariamente en París.

Una interminable colección de tipos raros había ido desfilando aquella mañana ante ella con la vana pretensión de encontrarse con veinte mil francos a cambio de un monedero que a veces no valía ni cien. Las mujeres hallábanse en mayoría. Las había de todas edades y de todas las categorías sociales, y cada una llevaba su correspondiente bolsito, cuidadosamente envuelto en papeles, de seda unos, de vulgar periódico otros. Y algunas, al recibir la consabida respuesta negativa, no tenían reparo en ofrecerle el que llevaban por un módico precio y hasta le mostraban otros va-

rios modelos que llevaban, para que pudiese elegir.

Mariette desesperaba ya de encontrar su bolso, pero, a pesar de ello, perseveraba en seguir recibiendo gente.

Entre los casos más curiosos que registró aquella mañana, uno fué una llamada telefónica de una casa de seguros que le preguntaba si tenía asegurado el monedero, y al recibir respuesta negativa le propuso asegurarlo por si lo perdía otra vez.

—Pero si ni siquiera lo he hallado! — respondió Mariette, sorprendida.

El segundo caso fué la presentación de un estrafalario personaje, de revuelta pelambrera, de avieso

UN LADRON EN LA ALCOBA

mirar y esmirriado cuerpo, embutido en un traje estrecho y raído.

El tal sujeto se presentó con malos modos a madame Colet, y encarándose con ella le gritó:

—Conque perdió usted el bolso, ¿eh?

Mariette miró a aquel tipo con cierto espanto.

—Sí — balbuceó.

—Llevaba diamantes detrás, ¿eh? — inquirió en el mismo tono el extraño visitante.

—Sí, señor.

—¿Y diamantes delante?

—Sí.

—O sea que estaba lleno de diamantes.

—Sí, señor, sí. ¿Lo ha encontrado usted? — inquirió Mariette con ansiedad.

—No, no lo he encontrado — replicó el hombre, en una actitud que parecía iba a descuartizar o poco menos a madame Colet —; pero la mujer que en estos tiempos de crisis gasta una fortuna en un bolso... ¡fu, fu y fu! Y como dijo Trotsky, y esto va por usted...

Y el terrible comunista rojo le demostró su erudición bolchevique largándole cuatro o cinco frases del conocido propagandista ruso.

Mariette estaba acobardada, sin atreverse no sólo a replicar a aquel individuo, sino que ni siquiera a moverse, temerosa de ser agredida de un momento a otro por él.

La puerta se abrió en aquellos instantes, y un caballero, para ella desconocido, penetró en la estancia. Era Gastón Monescu, quien con su habitual despreocupación había pasado por delante de todos cuantos esperaban para ofrecer su bolso, y que ya se había cansado de aguardar a que el discípulo de Lenin acabase su exaltada entrevista con madame Colet.

Gastón se aproximó al grotesco individuo, y cogiéndole por la solapa lo hizo salir fuera de la habitación.

Después regresó junto a Mariette, y le dijo:

—Es un buen chico. Ladra, pero no muerde.

Y como viera que madame Colet le miraba como pidiéndole explicaciones de por qué se encontraba allí sin su permiso, él se le adelantó diciéndole:

—Perdone mi intrusión, señora. ¿Es usted madame Colet?

—Sí, señor. ¿Qué desea?

—¿Tendría usted la bondad de ver este bolso?

Mariette pensó que tendría que soportar el examen de un monedero más, pero accedió con benevolencia. Pero al ver que se trataba de su bolso auténtico, su alegría rebasó todos los límites.

—¡Oh, sí, sí! ¡Este es!

Tocó el timbre, y al mayordomo que apareció le ordenó que despidiese a todos cuantos esperaban. ¡El bolso había aparecido!

El criado marchó a cumplir su orden.

—¿Dónde lo encontró usted? — le preguntó ella a Gastón.

—Verá — dijo él—. ¿Usted sabe la escalinata de la Ópera?

—Sí.

—A la derecha...

—Sí.

—El "foyer"...

—Sí, sí.

—A mano izquierda, un nicho.

—Exacto.

—Y en el nicho una Venus. ¿Le gusta a usted?

—La Venus?

—Sí.

—No, señor.

—A mí tampoco. Pero a los pies de la Venus estaba el bolso.

—¡Oh! ¡No sé cómo pude dejarlo allí! — exclamó Mariette, sin acertar a explicarse su distracción.

—Sí, a mí también me pareció un poco raro.

Y como si desconfiase de madame Colet, le preguntó:

—¿Es, efectivamente, éste?

—¡Caballero! ¿Duda usted de mí? — le interpuso ella, con dignidad.

—Nada de eso, señora mía. Pero como que se trata de un bolso de mucho valor, hay que proceder con cuidado.

—¡Yo soy madame Colet, caballero! — replicó ella, altanera.

—Y yo soy monsieur Le Val, con perdón de usted — arguyó Monescu, sin intimidarse con la actitud de la dama.

—Tanto gusto!

—El gusto es mío.

Y parsimoniosamente abrió el bolso y comenzó a sacar los objetos que contenía.

—Un portamonedas... vacío — dijo él.

Mariette estaba violenta.

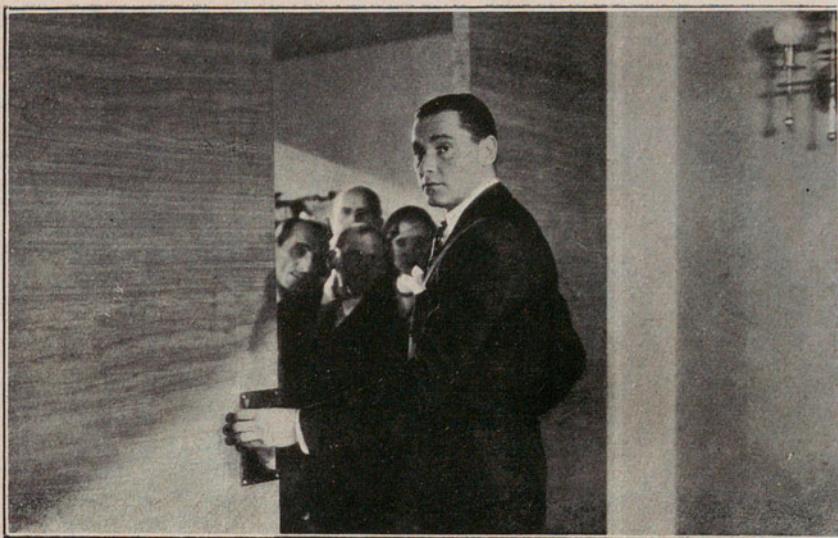
—No es necesario que se moleste usted, señor. No desconfío de usted — le dijo, para que no continuase registrando el monedero.



Comenzó a zarandearla...



... y cada una le presentaba el correspondiente bolsito.



La puerta se abrió y apareció Gastón Monescu.



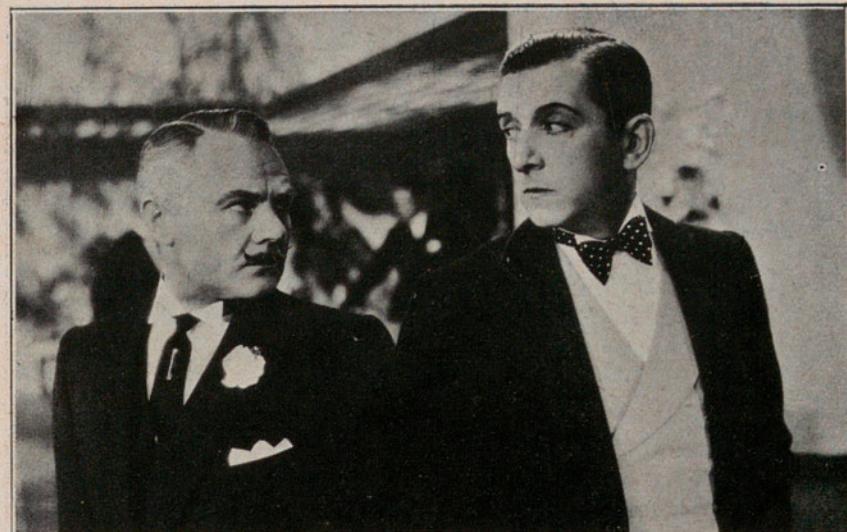
—Conque perdió usted el bolso, ¿eh?



—¿Tendría usted la bondad de ver este bolso?



—El día dos de junio seremos dueños de 850.000 francos.



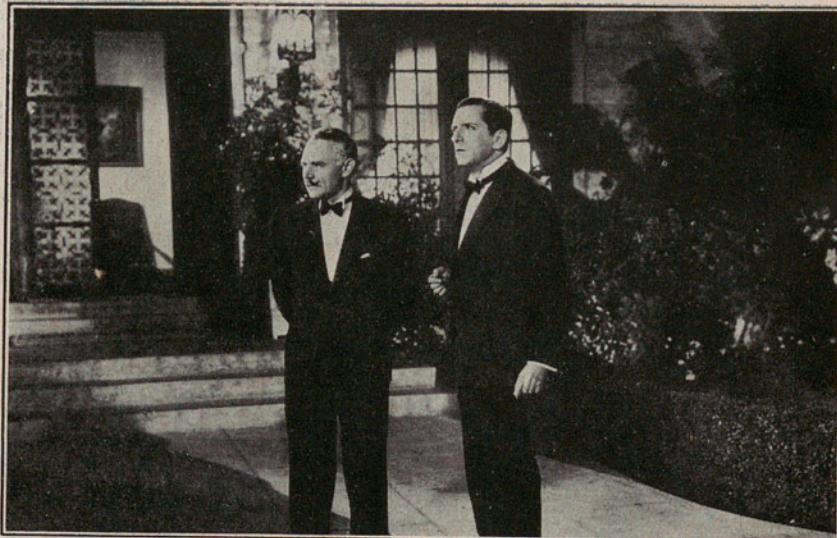
—¿Tiene usted «smoking»?



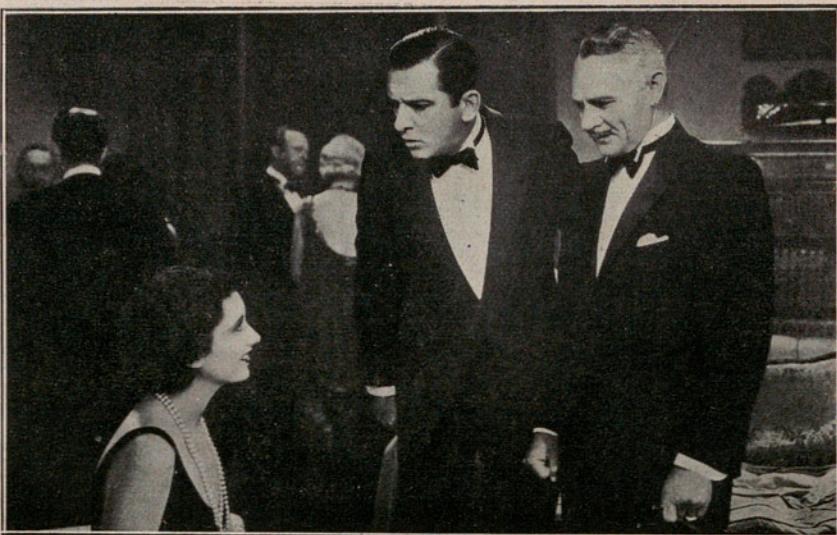
—¡Te quiere a ti por cincuenta francos!



—¡Perderemos los 850.000 francos! —dijo Lily, apesadumbrada.



El comandante y Filiba hallábanse abatidos por la tardanza de Mariette.



François le refirió la historia de las amigdalas, que Mariette tomó a broma.



—¡Es usted un granuja, monsieur Giron!



—¡No me llame usted Adolfo!—le dijo Giron, dando un bufido.



—¿Por qué cogiste el dinero, Gastón?... ¿Por qué?

UN LADRON EN LA ALCOBA

—Señora — le interrumpió Gastón —, me gusta hacer las cosas como es debido. ¿Continuamos?

Mariette no tuvo más remedio que rendirse al deseo de él.

Y Gastón fué extrayendo cosas y más cosas del bolso. Hasta que sacó una carta.

—Esta carta del comandante DuBois — dijo.

Mariette se azoró.

—He de confesarle a usted que la he leído — declaró Gastón. Y añadió: — No me sorprende que una dama tan encantadora reciba cartas de amor.

Ella sonrió, halagada.

—Le perdono al comandante su mala puntuación, pero lo que no se le puede perdonar es que no haya poesía en su carta.

Mariette volvió a sonreír. Le había hecho gracia la observación de aquel hombre. Se hallaba perfectamente de acuerdo con él respecto al comandante.

—Un lápiz escarlata número cuatro — prosiguió Gastón, extrayendo del monedero una barra de color para los labios y destapándola.

Y examinando el rostro de madame Colet como un erudito una obra de arte, dictaminó:

—Para su cutis le corresponde el carmín.

—Demasiado azul — objetó ella, riendo.

—Precisamente. Usted tiene la piel blanca.

—No estoy de acuerdo.

—Como usted quiera.

Gastón cogió la cajita de los polvos y le preguntó, sin abrirla:

—¿De qué color los usa usted?

—Melocotón y rosa.

—¡Oh! ¡Muy oscuro!

—¿Pero no ve usted que tengo los ojos claros? — le hizo observar ella, sin dejar de reír.

Gastón se asomó a aquellas pupilas maravillosas, del color del ámbar, que tenían una transparencia y una luminosidad increíbles y que ejercían una fascinación misteriosa sobre el hombre que las mirase.

—¡Yo podría ensombrecer esos ojos en dos segundos! — dijo él, insinuante.

Mariette no sabía qué había de interesante y de irresistible en aquel hombre, pero era lo cierto que se sentía inclinada hacia él, como dominada por una extraña fuerza magnética.

No sabía quién era, ni quizá le

importaba; sólo sabía que su simpatía era tal que no podía eludirla. Tal vez esa simpatía se la habría sugerido la inaudita desenvoltura y el gragejo de él. ¡Se había atrevido a criticarle cosas que ni sus más allegados habían osado criticarle! ¡Pero lo había hecho con tanta gracia, que sólo en virtud de ésta se le podía perdonar su atrevimiento!

Gastón advirtió en seguida el poder de sugestión que ejercía sobre madame Colet, y en su fuero interno se propuso seguir explotándolo hasta conseguir de él el máximo provecho.

El mayordomo anunció la visita del comandante.

Mariette no pudo evitar un mohín de disgusto.

Pero Gastón se adelantó a sus deseos y llegó hasta la puerta de la sala, la entreabrió y dijo al comandante, a bocajarro:

—La señora no desea ver a na-

die. El hallazgo del bolso la ha afectado sobremanera.

—¡Pero!... — exclamó el comandante, viendo su gozo en un pozo, pues por fin había adquirido otro bolso para ella.

—Nada — le atajó Gastón, amable —; no es cosa de cuidado, pero hay que precaverse.

—Bien, bien. Como usted diga, doctor — dijo el chasqueado caballero, resignándose con su suerte y confundiendo a Gastón con el médico.

Descorazonado marchábase el hombre cuando en la puerta de la calle hallóse a Francois que venía a ofrecerle a madame el monedero que él le había comprado.

Y el comandante experimentó una gran satisfacción ordenando al mayordomo, de parte de la señora, que cerrase la puerta y no la abriese a nadie.

El fracaso de su rival le compensaba del que acababa de sufrir él.

VIII

Gastón despidióse de Mariette.

—Madame Colet, adiós. Celebro esta bendita casualidad que ha hecho que nos conozcamos.

—También yo, monsieur Le Val. Adiós.

Gastón se marchaba sin reclamar la recompensa ofrecida. Aquel ladrón sabía ser también un caballero cuando quería y le convenía. Pero es que en el fondo abrigaba la confianza de que madame Colet recordaría su oferta.

Y así fué.

Antes de que él hubiese salido de la habitación, madame Colet exclamó:

—¡Oh, monsieur Le Val!

Y no hay que decir que Gastón apresuróse a regresar a su lado, súlico, a ponerse a su disposición.

—El asunto es delicado y no quería que usted se ofendiese — le dijo ella —, pero si usted leyó mi anuncio advertiría que... ¡En una palabra, monsieur Le Val, me repugna haber de ofrecerle a usted una gratificación! ¡Quizá usted se ofenda!

—¡Oh! No se aflija usted por eso. La tomaré. Necesito el dinero —replicó él, con encantador cinismo.

Mariette le miró algo extrañada. Pero Gastón prosiguió impertérrito:

—Yo quería poder pasar sin ella, pero he sufrido reveses de fortuna... y ¡también, en una palabra, le diré que soy un nuevo pobre!

—Entonces me alegro de haber

perdido el bolso. Le daré un cheque.

Y Mariette subió presurosa la escalera que conducía a sus habitaciones particulares.

—Un momento — le dijo él, desde abajo. — ¿Sabe usted mi nombre?

—No. ¿Cómo es?

—Gastón. Pero ¿por qué no pone el cheque "al portador"? Es más sencillo.

—Bien. Así lo haré.

Mariette buscó el talonario de cheques en la mesa de su secretaria, sin resultado.

—¿Dónde lo pondrá esa muchacha? Cuando se busca una cosa, nunca se encuentra — decíase Mariette, revolviendo papelotes.

Dándose por vencida, se levantó de su asiento y decidió ir a disculparse ante monsieur Le Val, pero ¡cuál no sería su sorpresa al ver que éste se hallaba en la habitación contigua, examinando con gran atención un lecho de madera tallada, muy antiguo! Mas, en realidad, Gastón había ido allí, impulsado por sus incorregibles aficiones de ladrón, a atisbar dónde madame Colet guardaba su talonario de cheques.

—¡Siglo XVIII! — le oyó Mariette exclamar.

—En efecto — confirmó ella.

—Sí. Comienzos del siglo. Allá por el 1730 — dijo Gastón, inspeccionando con minuciosidad los dibujos del mueble. Y acabó ponderando: —¡Precioso ejemplar!

—¿Le gusta? — preguntó Mariette. — Pues yo me cansé de dormir en ella y se la di a mi secretaria. Esta era su habitación.

—Dormiría muy a gusto en ella su secretaria.

—Sí! Demasiado a gusto. Por eso la despedí ayer mismo.

Mariette le manifestó que no podía extenderle el cheque porque no sabía dónde habría puesto el talonario la secretaria antes de marcharse.

Gastón insinuó la posibilidad de que lo hubiese guardado en la caja de caudales, y aunque ella no compartía esta creencia, fueron ambos hasta dicha caja. — Y Gastón no dejó de fijarse en la combinación de letras!

El talonario no apareció, pero Mariette se encontró con una sorpresa totalmente inesperada. — En la caja tenía cien mil francos!

—¡Caramba! — ¿Cómo deja usted

cien mil francos en su casa? — le preguntó Gastón, casi como reprochándola por ello.

—No tenía la menor idea — declaró Mariette. — Pero no me disgusta. Así ahora puedo darle a usted los veinte mil francos sin que nadie se entere de ello.

Y madame Colet contó hasta veinte billetes que le entregó a Gastón, el cual rectificó entonces su opinión.

—Bien pensado — dijo —, no está mal en estos tiempos de crisis tener una buena cantidad a mano. Nunca se sabe lo que puede pasar.

Madame Colet quedó un momento pensativa, y acabó declarando sonriente que le parecía una idea acertada, muy acertada.

—La verdad es que usted merece que la regañen — le dijo Gastón

con franqueza —. No hace usted nada a derechas. Primeramente el bolso...

—... el talonario — apuntó Mariette, riendo.

—Sí, y la barrita de *rouge* — afirmó Gastón.

—... y los billetes... ¿Qué más hago mal?

—Todo! — declaró Gastón. — Si yo fuese su padre, como por fortuna no lo soy, y usted fuera tan descuidada en sus asuntos, le daría un par de azotes... en sentido figurado, por supuesto.

—¿Y si fuera mi secretario? — le preguntó ella, maliciosa.

—Haría lo mismo! — aseguró Gastón.

—Pues entonces... quédese! — le invitó Mariette, brillándole en los ojos un rayito de picardía.

IX

Todos los consejeros habían puesto de pie, muy dignos, dispuestos a abandonar el salón de conferencias.

Y monsieur Girou, con el sombrero en la mano, declaró solemnemente:

—En nombre del Consejo de Administración, y en el mío propio, si insiste usted en reducirnos nuestros honorarios, dimitiremos.

Los consejeros aprobaron esta declaración con un murmullo.

Flemático, sin intimidarse por tal amenaza, Gastón Monescu, sentado a la cabecera de la larga mesa de deliberaciones, replicó:

—En nombre de madame Colet, y en mi propio nombre, les digo que pueden ustedes dimitir cuando les dé la gana.

Los consejeros se amedrentaron con esta respuesta. No era este el resultado que ellos esperaban con su desplante.

Todas las miradas se dirigieron a monsieur Girou, suplicantes. Mas éste era hombre de grandes recursos que sabía emplear sin menoscabo de su dignidad, y salvó la situación contestando magníficamente:

—¡Lo pensaremos, monsieur Le Val!

Y todos se marcharon satisfechos de haber salido airoso de aquel trance difícil, pues, aunque es cierto que sufrirían una merma en sus honorarios, esto no era tan catastrófico como la pérdida total de la bicoca que ser consejero de "Colet y Cía." significaba, bicoca de la que

UN LADRON EN LA ALCOBA

por un prurito de honor habían estado a punto de verse privados.

Naturalmente, aquellos consejeros, y en especial monsieur Girou, detestaban cordialmente a monsieur Le Val, el secretario de madame Colet, quien habíase hecho indispensable a ésta.

Monsieur Le Val llevaba todos los negocios de madame con gran acierto.

En todo intervenía y todo lo fiscalizaba. Su interés por la casa y por madame Colet era tal, que hasta la tenía puesta a régimen para que no perdiese la línea. Y madame Colet se veía privada de comer patatas, que eran su delirio, porque así lo tenía prohibido monsieur Le Val.

En aquella casa nada se hacía sin antes consultarla con monsieur Le Val.

Y a los criados oíaseles a cada momento:

—Está bien, monsieur Le Val.

—Como usted disponga, monsieur Le Val.

—Ya está hecho, monsieur Le Val.

—A su disposición, monsieur Le Val.

Y alguna criadita pipireta ha-

bía dicho también alguna vez, fingiendo rubores:

—¡Quizá, monsieur Le Val!

Monsieur Le Val iba, entretanto, preparando el terreno para ser él quien saliese beneficiado de aquella "desinteresada" solicitud que demostraba por los asuntos de madame Colet.

Cierto día llamó telefónicamente a la compañía de seguros en que madame hallábase asegurada, y enteróse que el seguro de ésta ascendía a un millón de francos, del cual medio millón era contra robo.

—Aumentaremos hasta ochocientos cincuenta mil francos el de robo—dispuso él.

Con lo que quedaron contentos madame y la Compañía aseguradora. Pero aun más contento quedaba monsieur Le Val, puesto que a la postre aquel dinero pasaría a ser suyo.

Monsieur Le Val había tomado una secretaria; una muchacha modesta, insignificante, que usaba gafas y que parecía no haber roto un plato en su vida.

Pero fíense ustedes de las apariencias. Aquella jovencita ingenua no era otra que la diabólica Lily,

amante y asociada "comercial" de Gastón Monescu.

A Lily le parecía excelente el golpe que planeaba su amante.

Lo que ya no encontraba tan bien era ver la amabilidad con que madame Colet trataba a... *monsieur Le Val*.

Los celos consumían a Lily, sobre todo cuando les veía juntos o hablando por teléfono.

Esto sucedía a menudo.

—Monsieur Le Val...—decía la voz cadenciosa de Mariette, a través del hilo telefónico—. ¿No quiere usted bajar a bailar conmigo en la fiesta que doy?

—Lo siento, pero estoy muy ocupado, madame—respondía él, acechado por Lily, quien trataba de averiguar por sus respuestas lo que ella le decía.

—¿Ni siquiera un tango?—insistía Mariette, mimosa.

—Imposible, madame. Tengo mucho trabajo.

—¡Siempre entre papelotes y contratos! ¡Dinero, dinero! ¡Cosas sin importancia!—protestaba madame, deliciosamente enfadada.

—A mí sí que me interesa, madame—respondía él con intención que Mariette no podía percibir—.

¡Alguien tiene que preocuparse por su dinero!

Y cuando lograba dejar convencida a la dama volvía a su trabajo.

—Punto y aparte — decía, diciéndole a Lily, que escribía a máquina—: "La mitad del interés irá a la misma cuenta, coma, en depósito, punto y coma; la otra mitad será entregada en efectivo a madame Colet".

Terminada la redacción de aquel contrato, que ponía en sus manos el dinero del seguro de madame Colet, se frotó las manos, jubilosamente, y le dijo a Lily:

—El día dos de junio seremos dueños de 850.000 francos!

—Y de las joyas—añadió ella por su cuenta.

—No, nada de joyas, que siempre son comprometedoras—arguyó Gastón—. En último caso, si hubiese necesidad, echaríamos mano al collar de un millón de francos.

—Oh, sí, sí! — exclamó Lily, palmoteando.

—No sé por qué hemos de engredarnos con joyas, pudiendo sacar dinero! — protestó Gastón, malhumorado.

Lily, mimosa, le dijo:

—Ya sé que tú no quieras molestarte en eso, pero tiene un collar... el de perlas... ¿recuerdas? ¡Qué bien luciría en mi cuello!

X

Mariette mandó llamar a la señorita Gauthier, como se hacía llamar Lily.

Esta, con sus gafas caladas, penetró en la alcoba de madame Colet.

Mariette se desayunaba en la cama, y le preguntó, cariñosa, si se había desayunado ya.

—Sí, señora. Me levanto muy temprano, porque como mi hermanito va a la escuela y yo he de encargarme de él, ya que la pobrecita mamá murió hace años—dijo, haciendo a las mil maravillas su papel de muchachita ingenua.

—Eso pasa con las madres. Cuando una las quiere más, se

mueren — comentó con indiferencia Mariette.

La humildad y la candidez de Lily estuvieron a punto de venirse a tierra al descubrir en el suelo un anillo de brillantes. Pero las circunstancias la obligaron a ser honrada una vez en la vida, y le entregó el anillo a su dueña.

Madame Colet comía patatas fritas para desayunarse y le rogó a Lily que no dijera nada de ello a monsieur Le Val, pues éste se lo tenía prohibido, y no quería contrariarle.

El efecto que esta advertencia produjo a Lily ya puede suponerse. Mas Lily era hábil comedianta y

supo fingir una sonrisita de connivencia.

Después madame Colet le preguntó detalles acerca de monsieur Le Val. Como la señorita pasaba casi todo el día junto a él en la oficina le conocería mejor que ella. Pero la señorita Gauthier se olió la tostada: madame Colet estaba celosa de ella.

—¿No le nota usted nervioso?— le preguntó Mariette.

—Nervioso? Sí. Quizá es porque fuma demasiado — respondió Lily, como si no comprendiese el significado de la pregunta.

—No, no—rectificó madame Colet—, no es que fume, sino que trabaja demasiado. Está materialmente atado a su escritorio. El pobre nunca tiene un rato libre...

—¡Ya, ya!

—Si usted pudiera ayudarle...

—¿En... ciertos detalles? — inquirió irónica Lily.

—En lo que fuese; así él podría atender...

—... asuntos más importantes— le atajó Lily, concluyendo la frase con mordaz intención.

Y le prometió a Mariette que así lo haría. Le ayudaría cuanto pu-

diera, aunque para ello tuviese que trabajar de noche también.

—¡Oh, no; de ningún modo!— protestó Mariette alarmada—. Eso sería absurdo. Usted saldrá a las cinco. En esto seré inflexible. Usted no puede descuidar a su hermanito. Y a propósito, dígame usted, ¿cuánto gana?

—Trescientos francos.

—Bien. Usted ya sabe que lo frecuente hoy es rebajar los sueldos, pero con usted voy a hacer una excepción. ¿Qué le parecen trescientos cincuenta francos?

—¡Oh! ¡Qué buena es usted, señora!

Cuando Lily regresó junto a Gastón, éste le preguntó:

—¿Qué quiere?

—¡Te quiero a ti por cincuenta francos! — respondió ella, entre dientes, furiosa—. ¡Pero es demasiado poco!

Gastón se echó a reír.

Los celos de Lily hicieron explosión. Parecía una fierecilla. Culpaba a Gastón de estar enamorado de madame Colet, y era en vano que él tratara de disuadirla.

—¡Tiene algo más que joyas y que dinero!—decía ella despechada.

da—. ¿Quieres decirme que no te has fijado en... sus cosas?

Gastón sonreía.

—¡Ah! Callas, ¿eh? Eso quiere decir que sí te has fijado. ¿Y... te gustan?

—Para mí todo su atractivo está en aquella caja—respondió Gastón.

—¡Pues ábrela y vámónos de aquí! — le suplicó ella, deseando alejarle de aquella mujer que pretendía robarle su amor.

—¡No! Tenemos que esperar hasta el primero de mes. ¡Son ochocientos cincuenta mil francos! — declaró Gastón.

Lily se abrazó a él y con voz enronquecida por la pasión y por los celos, le dijo:

—Recuerda que eres Gastón Monescu, el granuja. ¡Y yo soy Lily, tu amante, que te quiere como granuja! ¡Roba, estafa, tima! ¡Pero, por Dios, no te vuelvas un *gigolo* inútil y antipático!

Furiosa, dispusose a marchar, pero antes de irse le hizo a Gastón esta advertencia:

—Te dejo solo con ella, pero si te portas como un caballero, ¡te desnudo!

Monsieur Le Val, a fuerza de ruegos, acudió a la *garden-party* que daba madame Colet.

Esta lo fué presentando a todas sus amistades.

Y la solicitud de ella para con monsieur Le Val hizo que en seguida la murmuración comenzase a ensañarse en ambos.

Filiba, que se hallaba de con-

versación con una dama, dijo con desprecio:

—¿Quién es ese monsieur Le Val?

—No sé—respondió la dama. Y añadió maliciosa—: Ella dice que es su secretario. Y él dice que es el secretario de ella. ¡Es posible que lo sea!

Filiba vió que monsieur Le Val se le acercaba.

Gastón había creído reconocer el rostro de aquel señor como el de alguien conocido que en aquel momento no recordaba quién pudiera ser.

—Perdone — le dijo—. Usted y yo nos hemos visto alguna vez antes de ahora.

—No le recuerdo a usted—respondió Filiba, displicente.

—Me habré equivocado. Usted dispense—dijo Gastón, retirándose.

Pero se marchaba convencido de que aquella cara la había visto él alguna vez.

Y cuando se hubo alejado, Filiba le dijo a su acompañante:

—En mi vida me ha visto, me consta. Es un pretexto para entablar relaciones.

¡Infeliz Filiba! ¡Si él supiera que monsieur Le Val era el que le

había desplumado en Venecia el año anterior!...

La amistad que le profesaba Mariette a su secretario corría de boca en boca, sazonada con picantes habladurías. Y monsieur Girou, dispuesto a poner coto a éstas, fué a entrevistarse con madame Colet, la misma tarde en que ésta daba su "garden-party".

Mariette acudió de mal humor a la salita donde Girou la esperaba.

—¿Tan urgente es lo que le trae aquí que no ha podido usted dejar de molestarme? — le dijo.

Este le mostró un cartapacio, que llevaba como pretexto para abordar la cuestión.

—Se trata de unos papeles que debe usted revisar personalmente y no encargar de ello a... a... a...

Girou se resistía a pronunciar el nombre de su enemigo.

Pero Mariette le ayudó a salir de aquel mal paso, preguntándole, sonriendo encantadoramente:

—¿A monsieur Le Val?

La indignación de Girou se desbordó:

—Señora—dijo—, hace más de cuarenta años que gozo de la confianza de su familia, y creo que mis servicios me autorizan a pre-

guntarle a usted: ¿quién es ese Le Val? ¿De dónde viene? ¿Qué es?

—Es mi secretario, si tanto le interesa saberlo—respondió Mariette, altanera.

Girou perdió los estribos.

—Madame Colet. ¿Usted sabe lo que dice todo París de la condesa Falconier y su chofer?

La indirecta era demasiado viva, demasiado grosera.

Pero Mariette supo responder a ella haciendo que monsieur Le Val fuese a donde ella se hallaba y se entendiese directamente con Girou para aquel asunto que éste traía en su carpeta.

—Con mucho gusto—respondió Gastón.

—El gusto será de monsieur Girou — dijo irónicamente Mariette, riendo.

Gastón venía un poco intranquilo. Por fin había conseguido recordar el rostro de aquel caballero que había visto en el jardín; era monsieur Filiba, su víctima de Venecia. Si le reconocía estaba perdido.

Pero hasta entonces Filiba no le había reconocido, y seguía imperterrita creyendo que era afán de monsieur Le Val de entablar conocimientos. Además, por el momen-

to, estaba preocupado por un hecho insólito. El comandante se le había acercado y le había dicho así, sin rodeos:

—Las situaciones hay que afrontarlas tal como vienen. Esta noche doy una cena y me falta un invitado. ¿Tiene usted "smoking"?

Y aunque la burla le pareció a Filiba de mal gusto, aceptó la invitación del comandante al saber que también iría Mariette.

Entretanto, Gastón había cogido el cartapacio de monsieur Girou y repasaba o hacía como que repasaba con mucho interés el informe del estado económico del negocio de la casa Colet, que dicho cartapacio contenía.

—Deseo hacerle a usted varias preguntas, monsieur Le Val — dijo de pronto Girou.

Al oír esto, Gastón fingió enfrasarse aún más en el examen de aquel estado de cuentas.

—¿Usted es marsellés? — le preguntó Girou—. ¿Pertenece usted a los Le Val de Marsella?

Gastón cerró los ojos, como para abstraerse en el cálculo aritmético y movía los labios y los dedos como si contase.

—Un minuto — le rogó a Girou,

tomando unos apuntes rápidamente.

Esto soliviantó a Girou, quien interpretó tal acción como una muestra de desconfianza por parte de monsieur Le Val.

—Espero que esto estará conforme—dijo, refiriéndose al documento. Y repitió a Gastón lo que había dicho a Mariette: Gozo de la confianza de esta familia desde hace más de cuarenta años.

Y agregó, con reticencia:

—Y hace más de treinta que conozco a los Le Val, de Marsella. ¿Usted es de ellos?

Gastón le indicó con la mano que tuviese calma. No podía distraerse ni un segundo.

—Parece como si tuviera usted interés en evadir mis preguntas—insistió en el mismo tono de antes monsieur Girou.

—Y usted en impedir el examen del informe — replicó Gastón, sin levantar la vista de los papelotes.

Girou se puso frenético.

—¡El examen!—rugió—. ¿Qué es lo que quiere usted insinuar con esto? Repito que hace más de cuarenta años que gozo de la confianza de esta familia. En cambio, ¿cuánto hace que goza usted de la con-

fianza de madame Colet? ¡Sólo tres semanas!

—Y tres días — corrigióle Gastón, sarcástico.

Girou quedó perplejo.

—¿Por qué decía esto monsieur Le Val?

—Significaba acaso que dudaba de su honradez, de su buena fe?

—¡Dígame usted qué es lo que quiere insinuar!—insistió Girou.

—Nada, señor mío—replicó Monescu, zumbón—. Ni usted insinúa ni yo insinúo que usted no me deja examinar el informe.

Girou trató de dulcificar su actitud.

—Yo sólo le preguntaba si usted tenía parentesco con los Le Val...

—Y yo únicamente le pedía que no me interrumpiese —le contestó Gastón, empleando el mismo tono que él.

—¡No veo, pues, la razón de su enojo, monsieur Le Val!

—Ni yo veo la razón del suyo, monsieur Girou.

Mas como quiera que Gastón continuase examinando el informe, Girou volvió a salirse de sus casillas.

—¿Insinúa usted que este informe no es de buena fe?

Gastón miró al irascible gerente y le dijo:

—¡Vamos, cálmese! Está usted un poco nervioso.

—¿Nervioso? ¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Acaso pretende usted que hay algo en el informe que pueda ponerme nervioso?

—Nada de eso, señor mío—repuso Gastón, cerrando la carpeta.

Y levantándose de su asiento le dijo a monsieur Girou, con fino sarcasmo:

—Guardaremos ahora estos papeles, y mañana, si usted quiere, le hablaré tanto como guste de los Le Val, de Marsella, sin que nadie nos interrumpa.

XII

A monsieur Filiba le tenía preocupado lo que le había dicho monsieur Le Val, pues aunque al principio había creído que se trataba de un truco de éste para tener buenas relaciones sociales, poco a poco le pareció ir recordando su rostro como visto anteriormente; mas... ¿cuándo y dónde?

De pronto una musiquilla le trajo el recuerdo de Venecia. Y enton-

ces le pareció ver el rostro de Le Val entre los de las personas que allí había conocido.

Esto le intrigó aún más. Y púsose a pensar quién podía haberle presentado a Le Val en la ciudad de los Dux.

Y no dando con la solución, temeroso de haber cometido alguna incorrección con aquel caballero,

decidió ir a darle una explicación y poner las cosas en claro.

Gastón había ido a poner en conocimiento de Lily su descubrimiento.

—¿Sabes quién está aquí? — le preguntó.

Antes de que tuviera tiempo de informar a su amante, el mayordomo penetró en el despacho y le anunció a Gastón:

—Monsieur Filiba desea verle.

—Un momento—le rogó Gastón al mayordomo.

—¡Filiba! —exclamó Lily, cuando el criado se hubo ido.

—Sí, Filiba, el del “Grand Hotel” de Venecia. Cuartos números 253...

—¡55, 57 y 59! —le atajó Lily.

—Justo! Pero no te apures.

Gastón recibió a monsieur Filiba, muy cortés.

—Vengo a despedirme de usted — le dijo Filiba—. Pero antes desearía hacerle una pregunta. ¿Ha estado usted en Venecia?

—No, señor—respondió Gastón.

—¿No ha estado? —insistió Filiba, decepcionado.

—No. ¿Y usted ha estado en Viena? — inquirió Gastón, sin darle tiempo ni a respirar.

—No—repuso Filiba, desconcertado.

—¿Ni en Constantinopla?

—Tampoco.

—¿Pero sí en Venecia?

—Sí. En Venecia, sí.

—¡Oh! Venecia no puede compararse a Constantinopla.

—¡Hombre! ¡Aquellos canales!

—¡Bah! ¡No importa lo que usted diga. En Constantinopla hay minaretes, calles pintorescas, palacios de maravilla, con sultanes y todo.

—Y harenes, ¿eh? —le dijo Filiba, al oído, guiñando un ojo pícarosamente.

—¡Infinitos harenes! ¡Con mujeres de todos los colores!

Filiba le estrechó la mano efusivamente, agradecido por estos espontáneos informes. Y cuando se marchó iba acariciando en su cerebro el proyecto de un viajecito a Constantinopla.

Gastón Monescu comprendió que su estancia en París había terminado con el encuentro de monsieur Filiba. Este no le había reconocido aún, pero no tardaría en reconocerle quizás.

Y decidió poner pies en polvrosa aquella misma noche, rumbo

a Berlín, haciendo pasar por subdito español.

—¡Perderemos los ochocientos cincuenta mil francos! —dijo Lily, apesadumbrada.

—Nos conformaremos con lo que haya—declaró Gastón.

Lily quedó en casa haciendo las maletas mientras Gastón marchaba a casa de madame Colet.

Desde su despacho telefoneó a un florista encargándole cinco docenas de rosas rojas, en una hermosa canastilla. Deseaba dejar grato recuerdo de él a madame Colet.

—Póngale una tarjeta al ramillete que diga: “Recuerdo del difunto monsieur Le Val”—rogó al florista.

Y llevó su ironía al extremo de ordenar que cargasen las flores a la cuenta de madame Colet.

Dispuesto a no marcharse de vacío, se dirigió a la caja de caudales, empotrada en la pared. Pero antes de llegar a ella se detuvo al oír que se abría la puerta de la estancia.

Era Mariette, que venía vestida ya de noche para asistir a la cena del comandante.

Cariñosa, insinuante, le preguntó

tó a monsieur Le Val cuál era su programa para el día siguiente.

Gastón quiso mostrarse galante. ¿Qué le importaba prometer cuánto quisiera si no lo había de cumplir? El caso era que ella quedase contenta y esperanzada. Era lo menos que podía hacer.

Porque si se hubiese podido leer en el corazón del aventurero, quien lo hubiese hecho habría podido ver que había en él un romántico sentimiento hacia madame Colet, que no conseguía anular la codicia que en Gastón despertaba el dinero de ella.

—Mi programa para mañana—le dijo—es éste: Desayuno en el jardín.

—¿Juntos? —inquirió ella, insinuante.

—Desde luego! Despues un paseo a caballo.

—¿Juntos?

—Juntos, claro está.

—¿Y luego?

—Almuerzo en el Bosque.

—¿También juntos?

—Natural.

—¿Y después del almuerzo?

—¿Le parece bien una siesta?

Esta vez no repitió Mariette su

pregunta. Se limitó a sonreír gentilmente.

—¿Le gusta mi vestido?—inquirió.

—¡Precioso!

—¿Y el peinado?

—¡Maravilloso!

—¿Qué le parece el color de mis labios?

Gastón miró su boca incitante, prometedora de mil venturas y vió que, para complacerle, la llevaba pintada con carmín, según él le había indicado el día en que se conocieron.

Ambos miráronse a los ojos. Y éstos dijeron lo que las bocas habían callado.

Despidiéronse en la escalera.

—¿Regresará usted tarde?—le preguntó Gastón.

—¿Por qué lo pregunta?—inquirió ella, mimosa.

—¿Debo contestar?—fue la respuesta de él.

El mayordomo anunció que el coche de la señora se hallaba a la puerta.

Pero en la expresión del rostro de Gastón vió algo tan prometedor, que le hizo decir al criado:

—No necesitaré el coche. No salgo.

Y se metió en el despacho de su secretario.

El mayordomo encaminóse cañazudamente a la puerta, a transmitir al chofer la orden de madame. Mas antes de que hubiese atravesado el *hall*, sonó la voz de monsieur Le Val, diciéndole:

—Jacques. No diga nada al chofer. La señora baja al instante.

El hombre retiróse del *hall*.

—¿Por qué ha hecho usted eso?—le preguntó Mariette a Gastón.

—Porque no quiero que la gente murmure—respondió él.

—¿De mí? ¿De nosotros?

—Sí.

—¿Teme usted por su reputación, monsieur Le Val? — le dijo ella, burlona.

—No; por usted.

Mariette sonrió.

—Tengo que confesármelo con usted—expresó.

—Usted dirá, madame.

—Yo sé que le gusto a usted, y que usted está loco por mí. Si no fuese así no pensaría en mi reputación.

Hizo una pausa, y luego, muy insinuante, se aproximó a él hasta rozar con su cuerpo el de Gastón, y le dijo:

UN LADRON EN LA ALCOBA

—Pero yo no le quiero. ¡En absoluto! Y por eso no titubearía en arruinar su reputación.

—¿Así? — preguntó Gastón, ciñéndola por la cintura en un abrazo apasionado.

—¡Así!—declaró ella, suspirando.

Gastón aflojó el brazo, y le dijo, sonriendo:

—Conozco sus mañas, madame Colet.

—¿Y conociéndolas se dejaría usted engañar por ellas?

—Usted lo cree así?

—Podemos probar cuando usted quiera, monsieur Le Val.

—Jactanciosa!

—Sí; pero atractiva. Irresistiblemente atractiva, monsieur Le Val.

El fué a hablar. Pero ella le atajó diciéndole:

—¡Cállese, por favor! ¿A qué perder este tiempo tan precioso discutiendo?

Y Gastón, encontrando razonables sus palabras, obró en lugar de hablar, besándola en la boca.

XIII

—Monsieur Le Val está en su oficina, muy ocupado—respondió Jacques, el mayordomo, a la persona que preguntaba por teléfono por el secretario de madame Colet.

Dicha persona debió pedir enton-

ces que le pusieran en comunicación con madame Colet, por cuanto Jacques respondió:

—Madame Colet también está muy ocupada.

Pero el que llamaba insistía, por

lo visto, en comunicar con uno de los dos, pues Jacques exclamó, resignado:

—¡Está bien! ¡Probaré otra vez! Pero todo era inútil.

Entonces decidió subir al despacho de monsieur Le Val. Llamó. Y con estupefacción vió que monsieur Le Val salía por otra puerta; por la de la alcoba de madame.

—Señor; monsieur Girou desea hablarle—dijo Jacques a Gastón.

—¿Monsieur Girou a estas horas? Dígale que no me es posible atenderle. Y despida usted el coche.

Jacques bajaba la escalera, a cumplir estas órdenes, cuando nuevamente se abrió la puerta y se asomó por ella madame, seguida de monsieur Le Val.

—Jacques, no despida el coche—manifestó madame Colet.

—Está bien, madame—respondió el mayordomo, amoscado; y continuó bajando.

Gastón, suplicante, le dijo a madame Colet, tuteándola:

—¡Quédate, Mariette! ¡No quiero que te vayas!

—Y, sin embargo, tengo irme—respondió ella, sonriendo maliciosamente.

El la abrazó por la cintura.

—¡No, no quiero que te vayas! ¡Estoy loco por ti!—exclamó.

—Lo sé—contestó Mariette, sin cesar de sonreír, dulce, voluptuosamente.

—¡Te amo!

—Lo creo.

—Entonces... ¿por quéquieres irte?

—Porque quiero que sufras, que me deseas con toda tu alma, que no sepas vivir sin mí....

Y mientras se alejaba:

—La vida es larga, Gastón—le dijo—. No se acaba precisamente hoy. ¡Aún quedan muchas semanas, muchos meses, muchos años! Puedes todavía esperar.

En el reloj del pasillo dieron las once.

Y Mariette marchó presurosa a casa del comandante, que la esperaba para cenar en compañía de sus amistades.

Gastón la vió marchar con pena.

Entró en su despacho y cogió el teléfono.

Lily se alegró al oír su voz. Pero no acertó a comprender por qué razón demoraba Gastón el viaje hasta el día siguiente.

Entretanto, el comandante y mon-

sieur Filiba, unidos por la mala suerte común a ambos, hallábanse abatidos e inconsolables en casa del primero, con la tardanza de madame Colet.

—Acudiría a la cena?

—No acudiría?

—Seguramente no viene por ese secretario!—lamentábase el comandante.

—Señor, de qué clase de hombres se enamoran las mujeres!—clamaba Filiba.

—Un tipo incoloro, sin ningún relieve social! Lo único que tiene es que parece formal, eso sí.

—Bah! Un tipo casadero.

El comandante se echó a reír.

—Ja, ja! ¡Es ridículo! Yo no soy de esos. A mí me gusta divertirme, y después... dejarlas—alardeó, cínico, para que el otro no le tomase por un sentimental, cosa que le parecía de mal gusto.

Filiba lo miró, sorprendido.

Y como quiera que los dos quedaran abstraídos, echando chispas, interiormente, contra monsieur Le Val, Filiba, que fué el primero en darse cuenta de aquel embarazoso silencio, dijo, por romper éste:

—Bonito traje el suyo, comandante.

—¿Le gusta?

—Sí. Muy elegante. Londres, ¿eh?

El comandante contestó con un gruñido.

—Me lo figuraba—dijo Filiba. Y sin darse cuenta, volvió otra vez a la cuestión que les preocupaba a ambos, exclamando—: ¡No es mal muchacho!

—Algo soso—manifestó despectivamente el comandante.

—Insignificante—corroboró Filiba—. Es un secretario y siempre lo será. Con eso está dicho todo.

—Lo gracioso — arguyó el comandante, riendo—, es que la primera vez que lo vi lo tomé por un médico.

Pero a Filiba, esta declaración maldita la gracia que le hizo.

Los ojos se le abrieron hasta desorbitárselas.

La musiquilla oída en Venecia, le bataneó el cerebro.

Y con gran asombro del comandante, éste le oyó exclarar:

—¡Amígdalas! ¡Positivamente amígdalas!

Cuando Mariette llegó, Filiba le refirió la historia de las amígdalas, que ella, naturalmente, no creyó, interpretándola como una treta.

de Filiba, motivada por los celos, para que aborreciese a monsieur Le Val.

Mas, a pesar de juzgar todo ello ridículo e increíble, cuando Mariet-

te regresaba a su casa, procuraba distraerse en la contemplación de la calle, a través de los cristales del coche, para alejar de sí la duda que le agujoneaba el cerebro.

XIV

Gastón Monescu recibió a Girou de mala gana y con cierta preventión.

Gastón temía á aquel viejo astuto que habíase convertido en enemigo suyo por la sencilla razón de que no le permitía continuar manejando en los asuntos de la casa Colet sin ningún freno.

—No es la hora más apropiada las doce y pico de la noche para tratar de asuntos serios, monsieur Girou—le dijo Gastón.

—Sin embargo, es preciso que sea ahora mismo cuando hablemos, monsieur Le Val—repuso Girou.

—No veo la necesidad.

—¡Pues la hay! ¡Se trata de algo muy importante!

—Lo será para usted.

—¡No! Para usted, monsieur Mo-nes-cu! — replicó Girou, silabeando el apellido de Gastón y observando el efecto que en éste producía el que él hubiera descubierto su verdadera personalidad.

Gastón pareció quedar anonadado.

Con la cabeza baja escuchó las órdenes de Girou.

—Monsieur Monescu—le dijo el gerente de Colet y Compañía. —

UN LADRON EN LA ALCOBA

Empaquetará usted las cosas ahora mismo, y mañana se marchará. De lo contrario llamaré a la policía.

Gastón pareció entonces salir de su anonadamiento.

—Monsieur Girou—le dijo con naturalidad—. Ha gozado usted de la confianza de esta familia por espacio de más de cuarenta años, ¿no es eso? Por lo tanto, debe usted tener ahora unos sesenta y cinco. Así, pues... Veamos.

Gastón hizo un cálculo mentalmente y prosiguió:

—¡Cuando salga usted de presidio, tendrá ochenta y siete!

—¿Qué dice usted?—bramó Girou.

—Digo que... ¿por qué no llamó usted a la policía? ¡Conteste!

—No la llamé por...

—¡Porque es usted un granuja, monsieur Girou!

—¡Monsieur Monescu!

—¡Oh! Llámeme usted, sencillamente, Gastón — le dijo éste, con sorna, acompañándole hasta la puerta.

Y cuando Girou salía, apabullado, azoradísimo, le despidió con el mismo tono zumbón diciéndole:

—¡Adiós, Adolfo!

—¡No me llame usted Adolfo!

—le dijo Girou, dando un bufido.

Regresó Gastón a su despacho, y estupefacto vió que Lily se hallaba allí, manipulando en la caja de caudales.

—Pero ¿qué haces, loca? — exclamó Gastón, tratando de impedir su propósito. ¡Vete de aquí! ¡Ella está al llegar!

Lily le miró con odio.

Y con corrosiva ironía le preguntó:

—¿A qué hora es el *rendezvous*?

—¡Vete de aquí! — repitió Gastón, frenético.

—¡Sí! — replicó ella. — He venido aquí precisamente para eso. ¡Para irme lejos de ti! ¡Hasta donde me alcancen los cien mil francos!

Y continuaba manipulando en la caja.

—¡En mi vida creeré a otro hombre! ¡Aunque fuera el granuja mayor del mundo! — le lanzó. — ¡Estúpido! ¿Qué tiene ella que no tenga yo?

—¡Vamos, Lily! Escúchame.

—¡No quiero oírte!

—Te juro que no la quiero.

—¡No mientas!

—¡Sólo te quiero a ti!

—¿Tú me quieres? ¡Calla, calla,

embusteros! Tú no me quieres. Pero tampoco yo te quiero a ti, ¿lo sabes? ¡Esto es lo que yo quiero! ¡Dinero! ¡Billetes! — exclamaba ella, con los cien mil francos en la mano, huyendo presurosa de la estancia.

Gastón la siguió, rogándole que le escuchase. Quería que devolviera el dinero. No pensaba ya en robar a madame Colet. En unas horas sus intenciones habían cambiado totalmente. Y eran los besos de Mariette los causantes de esta transformación.

Sabía que un amor con ella era imposible, ¡Y, sin embargo... estaba enamorado de Mariette!

Mas precisamente la imposibilidad de este amor, descubierto tardeamente, era lo que le inducía a quedar como un caballero, para que Mariette no pudiese guardar ingratitud recuerdo de él.

Cuando Lily se hallaba en el *hall*, sonó el timbre de la puerta, y temerosa de ser descubierta, se escondió tras unos cortinajes.

Quien llegaba era ella, Mariette, su rival.

La intención de Lily era escapar, pero al verla a ella, los celos la indujeron a quedarse.

En lo alto de la escalera esperaba Gastón a Mariette.

Los dos penetraron en la alcoba de él.

Ella llegaba afable, cariñosa con Gastón.

Su actitud hacía presumir sus intenciones. Y Gastón sintióse dichoso al interpretar éstas.

Ayudóle él a quitarse la magnífica piel negra que cubría sus hombros.

Y ella se fué despojando de sus joyas.

Miró a Gastón, incitante, voluptuosa, y con picaresca intención preguntó:

—Cuando una dama se quita las joyas en la alcoba de un caballero... ¿dónde las pone?

—En la mesita de noche—contestó él.

—Pues bien; no quiero portarme como una dama.

Y se encaminó al despacho del secretario, contiguo a la alcoba, y una vez en él abrió la puertecilla que ocultaba la caja de caudales.

—Voy a divertirme un poco—dijo, sonriente. Y comenzó a girar los discos de la combinación de la cerradura, diciendo en voz alta—: Sesenta y seis...

UN LADRON EN LA ALCOBA

—Treinta y tres... — continuó Gastón, equivocando el número intencionadamente, para alejar la sospecha.

—No—rectificó ella—: treinta y cinco.

—¡Ah, es verdad! Treinta y cinco—repitió Gastón.

Y mientras manipulaba en la caja, Mariette le dijo, con marcada intención:

—Filiba dice que eres admirable.

—¿Cómo?—exclamó Gastón, sobresaltado.

—Sí. Cenó conmigo.

La puerta de la caja quedó abierta. Pero antes de que Mariette pudiera inspeccionar su interior, le dijo:

—¿Qué dirías si te hubiesen robado?

—No diría nada. Obraría—respondió Mariette, sonriendo.

—¿Llamarías a la policía?

—En el acto. Pero... ¿a qué hablar de esas cosas tan desagradables en una noche tan hermosa como ésta?

—¡Muy hermosa! Pero escúchame. Hace años que te roban, no cien mil francos, como hay aquí, sino millones. ¿Y sabes quién?

—¿Quién?

—Tu gerente. El señor Adolfo J. Girou.

Mariette se echó a reír.

—¿Quieres hacerme creer eso?

—Tú quizás no lo creas, pero la policía sí.

—¿Vas a denunciarle?—inquirió ávidamente Mariette.

—¿Por qué no? ¡Girou es un ladrón, un criminal!

—No lo creo!

—¡Puedo probártelo! Aunque... ¡será un gran escándalo! ¡El señor Girou, presidente de “Colet y Compañía”, del Asilo de Huérfanos, de la Protección a la infancia! ¡El señor Adolfo J. Girou, distinguido ciudadano, descubierto como ladrón!

Mariette le contemplaba seria, severa.

—¿Llamo a la policía?—inquirió Gastón, con intención.

—¡No!—respondió ella, energética.

—¡Ah, vamos! ¡Ya comprendo! —dijo Gastón, sarcástico—. Para no ir a la cárcel hay que ser... “distinguido”, como él. Pero cuando un aventurero, ¡nadie!, sube por su propio esfuerzo, con armas más nobles que esos *distinguidos caballe-*

ros, ¡entonces sí que hay que llamar a la policía!

Gastón hablaba entre dientes, apretando las mandíbulas, pero sin que en sus labios se extinguiese su sonrisa sarcástica.

Mariette le miraba con cierto temor, creyendo adivinar en sus palabras su propia acusación.

—¿Qué quieras decir, Gastón? No te entiendo—balbuceó.

Gastón, sin alterarse, declaró:

—Pues bien, señora mía. ¡Yo soy Gastón Monescu! ¡Puede usted telefonear para que me prendan! ¡La policía se alegrará de comprobar mi identidad!

Madame Colet miró el interior de la caja.

Y al verla vacía sintió un gran desaliento: como si algo se derrumbase en su alma.

—Gastón... ¿cogiste el dinero?— exclamó, decepcionada.

El no contestó.

—¿Tomaste el dinero, Gastón? —tornó a preguntarle, con el mismo negativo resultado.

Mariette dió un suspiro, y movió la cabeza, desolada. ¡Aquel hombre en quien ella había creído ver un amante apasionado, resultaba que

era un vulgar ladrón que sólo pensaba en apoderarse de su dinero!

—¡Querías cien mil francos! ¡Y yo que creía que me querías a mí! —exclamó Mariette, con pena.

—¡No!—protestó Gastón. ¡Viene para robarte, pero por desgracia para mí, me enamoré de ti!... ¡Te lo juro, Mariette!

—Entonces... ¿por qué cogiste mi dinero? ¿Por qué?

Gastón no hubo de contestar.

Lily estaba frente a Mariette, y encarándose con ésta le decía:

—¡Madame Colet! ¡El no robó nada! ¡Lo único que se levanta entre usted y el amor, son cien mil francos! Pero sepa usted que él no los robó. ¡Fuí yo sola! ¿Me oye? ¡Fuí yo sola! ¡Y puede usted quedarse con "su amor"!

Lívida, temblorosa, escuchaba Mariette a aquella mujer, sintiendo un asco invencible.

Y digna, le ordenó:

—¡Váyase!

Pero era imposible contener el torrente desbordado de la indignación de Lily.

—Usted nunca ha estado enamorada de un granuja — le gritó—; por eso voy a darle un consejo. Que cuando le abrace hágale po-

nerse guantes, no le queden marcadas las huellas de los dedos.

—Gracias por el consejo, señorita Gauthier, o como se llame usted —replicó Mariette—, pero le pido que se marche. ¡Ya tiene usted el dinero!

—¡No lo quiero!—rugió Lily. —No quería usted comprarlo por cincuenta francos? ¡Pues ahí lo tiene por nada!

Y arrojó sobre una mesa los billetes.

—¡Lily!—le dijo Gastón, tratando de dulcificar su actitud airada.

—¡Déjame, estúpido! ¡Querías sacrificar cien mil francos por ella! —exclamó Lily, despectiva.

Y luego, en un arrebato brusco, arrepentida de su generosidad, pensó que era una tontería dejar allí aquellos cien mil francos. ¿Qué iba a sacar con ser honrada? Y sin ningún escrupulo los volvió a coger y mientras los guardaba en su monedero, le dijo mordaz a Mariette:

—Si usted pagó ciento veinticinco mil francos por un bolso, bien puede pagar cien mil por él!

Agitada, rechinando los dientes de ira, se encaminó a la puerta. Y al abrir ésta se volvió de cara a Mariette y Gastón para decirles, con su corrosiva ironía:

—Adiós, madame Colet... y Compañía.

Miráronse los dos, con amargura.

—¡Podía haber sido maravilloso!—exclamó él.

—¡Divino!—corroboró ella.

—¡Magnífico! Pero si mañana, al despertar usted de su sueño, hubiese aparecido en la puerta de su

cuarto, en vez de la doncella, un policía con una orden de detención... ¡habría usted preferido estar sola!

Quedaron ambos unos segundos en silencio.

Y Mariette suspiró, nostálgica:

—¡Podía haber sido glorioso!— exclamó.

—¡Encantador!—afirmó él.

—¡Divino!

Y Mariette concluyó, con graciosa intención:

—¡Si no fuese por el policía!...

Ella retirábase ya de la estancia, con el corazón lleno de una amarga y a la vez dichosa nostalgia.

—¿No encuentra usted nada en falta, madame?—le preguntó Gastón.

Y viendo que ella no comprendía, sacó de un bolsillo interior de su americana el valioso collar de perlas que aquella noche había llevado Mariette ceñido a su garganta.

—Esto le falta—le dijo mostrándoselo. Y se lo volvió a guardar, manifestando, con encantador cinismo: Lo tomo, Mariette, como un regalo de usted para ella.

—Con las atenciones de “Colet y Compañía”—agregó la bella da-

ma, sonriente, perdonando la osadía de Gastón en gracia a la gracia de su rasgo.

Y marchó a recluirse en su alcoba, pensando muy cueradamente que era mejor que las cosas hubiesen sucedido así.

Gastón había sabido encender una pasión en su pecho. Ella le había querido y le quería aún quizás, a pesar del desengaño sufrido, pero comprendía que hubiera sido grave error complicar su vida con la de aquel aventurero, simpático y adorable, pero aventurero, al fin.

¡No! Bien estaba Lily para Gastón.

Y éstos, felices, marchaban a la mañana siguiente en un taxi, camino de la estación, para trasladarse a Berlín, próximo teatro de sus aventuras.

Gastón no quiso esperar más para darle a Lily la grata sorpresa que le reservaba.

Llevóse la mano al bolsillo para sacar el collar, y entonces fué él el sorprendido al ver que éste había desaparecido.

Pero sonrió al comprender que el ladrón no estaba muy lejos.

Efectivamente, Lily, abriendo su

monedero, sacó de él, con gran estupor de Gastón, el espléndido bolso de ciento veinticinco mil francos, propiedad hasta entonces de madame Colet, y de éste extrajo el collar de perlas, riendo.

Mas he aquí que la alarma se apoderó entonces de Lily, quien comenzó a buscar afanosamente en ambos monederos. Y empavorecida

consultó con la mirada a su amante.

Y Gastón, con estudiada indiferencia, sacó de un bolsillo interior de la americana los cien mil francos que poco antes habíale escamoteado a Lily, la cual premió su travesura abrazándole y comiéndoselo a besos.

Y los dos reían a carcajadas.

FIN

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas, y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. — Madrid: Evaristo San Miguel, 11

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La viuda alegre	Las tres pasiones.	La princesa se enamora. Honor entre amantes.
El gran desfile	Cristina, la Holandesita.	Amanecer de amor. Para alcanzar la luna.
Miguel Strogoff o el Correo del Zar	¡Viva Madrid, que es mi pueblo!	El gran desfile (edición popular). El hombre que asesinó.
La princesa que supo amar	Sombras blancas.	Ríndase!
El coche número 13	La copla andaluza.	Du Barry, mujer de pasión.
Sin familia	Los cosacos.	La calle. El prófugo.
Marc Nostrum	Icaros.	Milicia de paz.
Nantás, el hombre que vendió	El conde de Montecristo	Amores de medianoché.
Cobra	La mujer ligera.	Miguel Strogoff o el Correo del Zar (edición popular).
El fin de Montecarlo	Virgenes modernas.	Amores de media noche.
Vida bohemia	El pagano de Tahití.	El demonio y la carne (edición popular).
Zaza	Estrellas dichosas.	La hermana San Sulpicio
¡Adiós, juventud!	La senda del 98.	Petit Café.
El judío errante	Este es el cielo.	Hay que casar al príncipe.
La mujer desnuda	Espéjismos.	La dama misteriosa.
La tía Ramona	Evangeline.	Los claveles de la Virgen.
Casanova	Orquídeas salvajes.	El proceso de Mary Du-gan.
Hotel imperial	El caballero.	Pareja de baile.
Don Juan, el burlador de Sevilla	Egoísmo.	Al Capone (Pánico en Chicago).
Noche nupcial	La máscara del diablo.	En cada puerto un amor. Mi último amor.
El séptimo cielo	El pan nuestro de cada día.	Conoces a tu mujer?
Beau Geste	Vieja hidalgua.	Muchachas de uniforme.
Los vencedores del fuego	Posepción.	Marido y mujer.
La mariposa de oro	Tentación.	Mata-Hari.
Ben-Hur	La pecadora.	Congorila (fuera de serie).
El demonio y la carne	El beso.	Carceleras.
La castellana del Líbano	Ella se va a la guerra.	Erase una vez un vals.
La tierra de todos	Los hijos de nadie.	Hombres en mi vida.
Tripoli	El pescador de perlas.	Niebla.
El rey de reyes	Santa Isabel de Ceres.	Rebeca.
La ciudad castigada	Las dos huérfanas.	Indesecable.
Sangre y arena	La canción de la estepa.	Tarzán de los monos.
Aguilas triunfantes	El precio de un beso.	El terror del hampa.
El sargento Malacara	La rapsodia del recuerdo.	La vuelta al mundo por Douglas Fairbanks.
El capitán Sorrell	Delikatessen.	Chica bien.
El jardín del edén	Del mismo barro.	Recién casados.
La princesa mártir	Estrellados.	Champ (El campeón).
Ramona	Cuatro de infantería.	Maternidad, o el derecho a la vida (fuera de serie).
Dos amantes	Olimpia.	La zarpa del jaguar.
El príncipe estudiante	Monsieur Sans-Gêne.	Los amores de José Marie.
Ana Karenine	Sombras de gloria.	Jica (fuera de serie).
El destino de la carne	Mamba.	El caballero de la noche.
La mujer divina	Ladrón de amor.	La mina.
Alas	Molly (la gran parada).	Arsène Lupin.
Cuatro hijos	El valiente.	Estudiantina.
El carnaval de Venecia	¡De frente... marchen!	Las peripécias de Skippy.
El ángel de la calle	Prim.	¡Qué viudita!
La última cita	El presidio.	El camino de la vida.
El enemigo	El gran charco.	Noches de Viena.
Amantes	Tempestad.	Mamá.
La bailarina de la Ope-ra.	El dios del mar.	Eran trece.
Moulin Rouge.	Horizontes nuevos.	Bésame otra vez.
Ben Alf.	Horizontes nuevos.	Camarotes de lujo.
Los cuatro diablos.	Ben-Hur (edición popular).	Los hijos de la calle.
Río, payaso, río	La incorregible.	La divorciada.
Volga, Volga.	El malo.	Madame Satán.
La sinfonía patética.	El pavo real.	¿Cuándo te suicidas?
Un cierto muchacho.	Bajo el techo de París.	Marianita.
Nostalgia!	Wu-li-chang.	El carnet amarillo.
La ruta de Singapore.	Montecarlo.	Honrarás a tu madre.
La actriz.	Camino del infierno.	Su última noche.
Mister Wu.	Mío serás!	Las alegres chicas de Viena.
Renacer.	Aléluya!	¡Viva la libertad!
El despertar.	La mujer que amamos.	Malvada.
La melodía del amor.	Al compás de 3-4.	El teniente del amor.

El azul del cielo.	El robo de la Monna Lisa.	Secretos.
El monstruo de la ciudad	La edad de amar.	Ta feria de la vida.
El hombre que se refía del amor.	Salvada.	Una morena y una rubia.
Susan Lenox.	Divorcio por amor.	Como tú me deseas.
Mercado de mujeres.	Corazones sin rumbo.	El reliario.
Manos culpables.	Corazones valientes.	El amor y la guerra.
La princesa se divierte.	Irusta-Fugazot-Demare (fuera de serie).	na viuda romántica.
La mano asesina.	Los tres mosqueteros.	Rasputin y la Zarina.
El rey de los gitanos.	(Los Herretes de la reina).	Susana tiene un secreto.
El sargento X.	Milady (2.ª parte de Los tres mosqueteros).	20.000 años en Sing Sing Huérfanos en Budapest.
Los seis misteriosos.	Milagro?	Milagro?
Esta edad moderna.	Al despertar.	Vivamos hoy.
La novia de Escocia.		Odio.
Besos al pasar.		Los crímenes del museo.
El mayor amor.		El secreto del mar.
El expreso fantasma.		Mis labios engañan.
		No dejes la puerta habierta

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Próximo número:

EL CANTAR DE LOS CANTARES

por la genial MARLENE DIETRICH.

En preparación:

LA LLAMA ETERNA

por NORMA SHEARER.

UN HOMBRE DE CORAZÓN

por GUSTAV FROHLICH.

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

¡NO SE DEJE USTED SORPRENDER!

EXIJA SIEMPRE

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

COLECCIONE USTED EL NUEVO ÉXITO DE
— Ediciones BISTAGNE —
LOS MEJORES FILMS

NÚMEROS PUBLICADOS:

CHANDÚ (Fantasía oriental), por Edmund Lowe e Irene Ware.
EL DINERO TIENE ALAS, por Will Rogers, Dorothy Jordan, etc.
NO QUIERO SABER QUÍEN ERES, por Liane Haid y Gustav Froehlich.
LA MUJER PINTADA, por Peggy Shannon y Spencer Tracy.
¡ALÓ, PARÍS!, por Josette Day y Wolfgang Klein.
PÁJAROS DE NOCHE, por Anny Ondra, Ivan Petrovich, etc.
LA BAILARINA SANS-SOUCI, por Lil Dagover, Otto Gebuhr, etc.
UNA AVENTURA AMOROSA, por Mary Glory, Albert Préjean, etc.
DE PURA SANGRE, por Clark Gable, Madge Evans, etc.
EL BESO REDENTOR, por Charles Farrell, Joan Bennett, etc.
RAFFLES, por Ronald Colman, Kay Francis, David Torrence, etc.
ABISMOS DE PASIÓN, por Jean Harlow y Walter Byron.
LA BANDA DE LAS PERLAS NEGRAS, por Hugh Wakelield, etc.
EL ABOGADO DEFENSOR, por Edmund Lowe, Evelyn Brent, etc.
EL HOMBRE QUE VOLVIÓ, por Conrad Nagel, Doris Kenyon, etc.
SEIS HORAS DE VIDA, por Warner Baxter, Miriam Jordan, etc.
EL ETERNO DON JUAN, por Adolph Menjou, Irene Dunne, etc.
EL BAILE, por André Lefaur, Germaine Dermoz, etc.

MI CHICA Y YO, por Joan Bennett, Spencer Tracy, etc.
AVVENTURA DE UNA MUJER BONITA, por Lil Dagover, etc.
ALCOHOL PROHIBIDO, por Dorothy Jordan, Robert Young, etc.
ESTA NOCHE O NUNCA, por Gloria Swanson, Melvyn Douglas, etc.
EL PAÑUELO INDIO, por Kathleen Nesbitt, Emillyn Williams, etc.
EL HOMBRE DEL ANTIFAZ BLANCO, por Renée Gadd, etc.
LA PRINCESA DEL «5-10», por Marion Davies, Leslie Howard, etc.
ALMAS TORTURADAS, por Evelyn Brent, Conrad Nagel, etc.
ENTRE DOS CORAZONES, por Douglas Fairbanks, Jr., Rose Hobart, etc.
PIFRNAS DE PERFIL, por Busier Keaton, Jimmy Durante, etc.
EL MARIDO DE LA AMAZONA, por Elissa Landi, Ernest Truex, etc.
AMORES DE OTOÑO, por Luis Alonso (Gilbert Roland), Lew Cody, etc.
LA CONSENTIDA, por Carole Lombard, Walter Connolly, etc.
LUCHA DE SEXOS, por Fay Wray, Gene Raymond, Claire Dodd, etc.
UNA CLIENTE IDEAL, por René Lefevre.
DE CARA AL CIELO, por Marion Nixon y Spencer Tracy.
SOÑADORES DE LA GLORIA, por Miguel C. Torres, Lia Torá, etc.

Lujosa presentación - 8 interesantes fotografías
en papel couché. :: Precio: **50** céntimos

E. B.

Nº297

Precio: Una peseta